



Jorge Mario García Laguardia
CENTROAMÉRICA
EN LAS
CORTES DE CÁDIZ

POLÍTICA Y DERECHO

sábado

suplemento de unomásuno / director general: luis gutiérrez r.
director: huberto batis / sábado / 11 de junio de 1994 / 871

Bertha Lerner
DEMOCRACIA
POLÍTICA
O DICTADURA
DE LAS BUROCRACIAS
Una lectura de Max Weber
con miras al porvenir



POLÍTICA Y DERECHO

EL PRIMER HOMBRE [fragmento]

Albert Camus

Traducción de Maliyel Beverido

En 1957, Albert Camus dedicó el Premio Nobel de Literatura a su maestro Louis Germain. A principios de 1960, en el momento de su muerte, Camus trabajaba en un relato de recuerdos de su infancia argelina en el que rendía nuevamente homenaje a su primer maestro, 144 páginas del borrador fueron rescatadas en los restos del automóvil accidentado, y son ahora publicadas en Francia tal y como fueron encontradas. En el mes de abril *El primer hombre* fue el libro más vendido. En el texto, el personaje inspirado en el señor Germain aparece a veces con su nombre verdadero y otras como el señor Bernard, como Camus quiso llamarle. Esta obra inacabada y, sin embargo, entera, sólida, clara, ofrece al mismo tiempo la emoción de la nostalgia y el retrato, de duros rasgos, de la miseria y la ignorancia.

Con el señor Bernard la clase era constantemente interesante por la simple razón de que él amaba su oficio apasionadamente. Afuera el sol podía aullar sobre los muros leonados mientras el calor crepitaba en la sala misma, sumergida, sin embargo, bajo la sombra de los toldos de anchas rayas amarillas y blancas. La lluvia podía también caer como lo hace en Argelia, en cataratas interminables, haciendo de la calle un pozo oscuro y húmedo, la clase se distraía apenas. Sólo las moscas, en tiempo de tormenta, desviaban a veces la atención de los niños. Capturadas, aterrizaban en los tinteros, donde comenzaban una muerte horrorosa, ahogadas en las ciénagas violetas que llenaban los tinterillos cónicos de porcelana que se ponían en los huecos de la mesa. Pero el método del señor Bernard, que consistía en no ceder en cuestiones de conducta y en hacer, al contrario, entretenida y viva su enseñanza, triunfaba hasta sobre las moscas. Sabía sacar del armario de los tesoros, siempre en el momento en que la atención decaía, la colección de minerales, el herbario, las mariposas, los insectos disecados, los mapas o... despertando de nuevo el interés de sus alumnos. Era el único en la escuela que había obtenido una linterna mágica, y dos veces al mes hacía proyecciones sobre temas de historia natural o geografía. En aritmética había instituido un concurso de cálculo mental que forzaba al alumno a la rapidez de espíritu. Lanzaba a la clase, que debía tener cruzados los brazos, los términos de una división, de una multiplicación o a veces de una suma un poco complicada. Cuánto hacen mil 267 + 691. El primero que daba el resultado exacto ganaba un punto bueno que contaba para la calificación mensual. Además utilizaba los manuales con precisión y competencia... Los manuales eran los mismos que se usaban en la metrópoli. Y esos niños que no conocían más que el siroco, el polvo, los aguaceros prodigiosos y breves, la arena de las playas y la mar en llamas bajo el sol, leían con aplicación, hacían sonar los puntos y comas de relatos para ellos míticos en donde niños con gorra y bufanda de lana, calzando zuecos, regresaban a casa con un frío glacial arrastrando leños por caminos cubiertos de nieve, hasta percibir el techo nevado de la casa, o la chimenea humeante que les hiciera saber que la sopa de garbanzo se cocinaba en el fogón.

Para Jacques esos relatos eran el mismísimo exotismo. Lo hacían soñar, llenaba sus composiciones con descripciones de un mundo que nunca había visto, y no cesaba de interrogar a su abuela sobre una nevada que había durado una hora hacía 20 años en la región de Argel. Estos relatos formaban parte, para él, de la poderosa poesía de la escuela, que también se alimentaba con el olor a barniz de las reglas y guardaplumas, del delicioso sabor de la coque de llenar los tinteros con una enorme botella oscura, en la cual el tapón tenía incrustado un tubo de vidrio en escuadra, y Jacques olisqueaba con felicidad el orificio, del dulce contacto de las páginas lisas y glaseadas de ciertos libros, de donde se desprendería también un olor a imprenta y cola, y por último en los días de lluvia ese olor a lana mojada que emanaba de las chaquetas en el fondo de la sala y que era como la prefiguración de aquel universo edénico en que los niños con zuecos y gorras de lana corrían a través de la nieve hacia los cálidos hogares.

Sólo la escuela daba a Jacques y a Pierre estas alegrías. Y sin duda lo que amaban tan apasionadamente en ella era lo que no encontraban en sus casas, donde la pobreza y la ignorancia volvían la vida más dura, más triste, como encerrada en sí misma; la miseria es una fortaleza sin puente levadizo, (...)

No, la escuela no les proporcionaba solamente una evasión de la vida de familia. Por lo menos en la clase del señor Bernard se saciaba un hambre aún más esencial para el niño que para el hombre, el deseo de descubrir. En las otras clases se aprendía sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba un ganso. Se presentaba un alimento preparado pidiéndoseles que tuvieran a bien tragárselo. En la clase del señor Germain ellos se sentían, por primera vez, existir y ser el objeto de la más alta consideración: se les juzgaba dignos de descubrir el mundo. E incluso su maestro no se consagraba solamente a ense-



Fotografía de Henri Cartier-Bresson

ñarles aquello por lo que era pagado, sino que los acogía con simplicidad en su vida personal; él vivía con ellos, les contaba su infancia y la historia de los niños que él había conocido, les exponía sus puntos de vista, pero no sus ideas, ya que, por ejemplo, siendo anticlerical como muchos de sus colegas, no pronunciaba jamás en clase una sola palabra en contra de la religión, ni contra nada de lo que pudiera ser el objeto de una elección o de una convicción, lo que no quiere decir que no condenara con firmeza lo indiscutible: el robo, la delación, la grosería, la indecencia.

Sobre todo les hablaba de la guerra aún cercana, en la que había participado durante cuatro años, de los sufrimientos de los soldados, de su valentía, de su paciencia y de la felicidad del armisticio. Al final de cada trimestre, antes de mandarlos de vacaciones, y a veces, cuando su programa de trabajo se lo permitía, tenía la costumbre de leerles largos pasajes de *Cruces de madera*, de Dorgelès. Para Jacques esas lecturas abrían también las puertas del exotismo, pero de un exotismo en el que merodeaban el miedo y la desgracia, aunque no encontrara sino una relación teórica con el padre que no había conocido. Solamente escuchaba con todo su corazón una historia que su maestro leía con todo su corazón y que le hablaba de nuevo de la nieve y su querido invierno, pero también de hombres singulares, vestidos de pesados tejidos atesados por el fango, que hablaban un extraño lenguaje y vivían en agujeros bajo un techo de obuses, de cohetes y balas. El y Pierre esperaban cada lectura con una impaciencia cada vez más grande. Esta guerra de la que todo el mundo hablaba aún, que los sobrevivientes no podían olvidar y cuya sombra flotaba sobre todas las decisiones a su alrededor y sobre todos los proyectos que se hacían, una historia fascinante y más extraordinaria que los cuentos de hadas que se leían en las otras clases y que habrían escuchado con decepción y aburrimiento si al señor Bernard se le hubiese ocurrido cambiar el programa. El día en que, al final del año, llegado el fin del libro, el señor Bernard leyó con sorda voz la muerte de D, cuando cerró en silencio el libro, enfrentado a su emoción y sus recuerdos y que en seguida levantó los ojos hacia la clase sumergida en el estupor y el silencio, vio a Jacques en la primera fila viéndolo fijamente, el rostro cubierto de lágrimas, sacudido por interminables sollozos que parecía jamás se detendrían. "Vamos, pequeño, vamos," dijo el señor Bernard con una voz apenas perceptible y se levantó para ir a guardar su libro en el armario, de espaldas a la clase.

El año escolar llegaba a su fin, y el señor Bernard había ordenado a Jacques, a Pierre, a Fleury, una especie de fenómeno que destacaba igualmente bien en todas las materias, "tiene la cabeza politécnica", decía el maestro, y Santiago, un apuesto muchachillo que tenía menos dotes pero que aprobaba a fuerza de aplicación: "Veamos", dijo el señor Bernard cuando el salón quedó vacío. "Ustedes son mis mejores alumnos. He decidido presentarlos al concurso de becas para liceos y colegios. Si ganan, tendrán una beca y podrán hacer todos sus estudios en el liceo hasta el bachillerato. La escuela primaria es la mejor de las escuelas. Pero ella no los conduce a ninguna parte. El liceo les abre todas las puertas. Y yo prefiero que sean muchachos pobres como ustedes los que entren por esas puertas. Pero para eso necesito la autorización de sus padres. ¡Andando!"

Desconcertados, se fueron y se separaron sin dirigirse una palabra. Jacques encontró a su abuela sola

en la casa, escogiendo lentejas sobre la lona de la mesa, en el comedor. Dudó un momento y luego decidió esperar la llegada de su madre. Ella llegó, visiblemente cansada, se puso un mandil y fue a ayudar a la abuela a escoger las lentejas. Jacques propuso su ayuda y le dieron un gran plato de porcelana blanca sobre el que era más fácil separar la lenteja buena de las piedrecillas. Y así, inclinado sobre el plato, anunció la noticia. "¡Pero qué quiere decir esto!", dijo la abuela. "¿A qué edad sale uno de eso?" "Dentro de seis años", contestó Jacques. La abuela empujó su plato. "¿Oíste eso?", dijo a Catherine Cormery. No, no lo había escuchado. Muy despacio Jacques le repitió lo dicho. "Ah", exclamó, "es porque eres inteligente." "Inteligente o no debíamos meterlo como aprendiz el año próximo." "Sabes muy bien que no tenemos dinero. Así traerá su semana." "Es cierto", dijo Catherine.

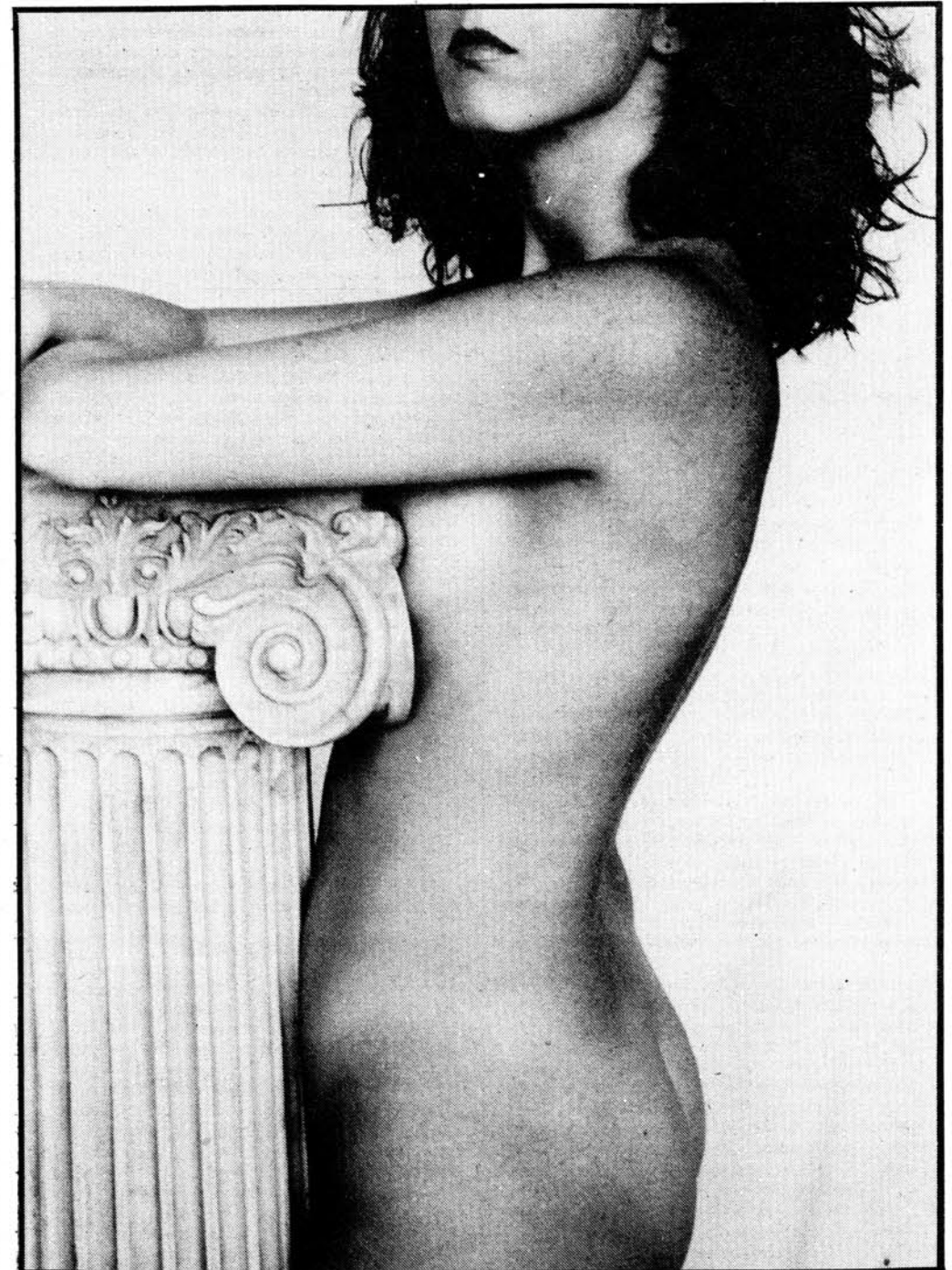
El calor y el día comenzaban a desvanecerse afuera. A esta hora en que los talleres funcionaban a todo vapor, el barrio estaba silencioso y vacío. Jacques observaba la calle. El no sabía si quería otra cosa aparte de obedecer al señor Bernard. Pero a los nueve años, él no podía ni sabía desobedecer a su abuela. No obstante, ella dudaba visiblemente. "¿Qué harás más tarde?" "No sé. Quizá maestro como el señor Bernard." "Si, dentro de seis años." Y ella escogía las lentejas con mayor lentitud. "¡Ay, no!", dijo finalmente "somos demasiado pobres. Le dirás al maestro que no se puede."

Al día siguiente los otros tres anunciaron a Jacques que sus familias habían aceptado. "¿Y tú, chiquitín?" "Yo no sé", dijo y le oprimió el corazón la idea de sentirse aún más pobre que sus compañeros. Después de clases, los cuatro se quedaron. Pierre, Fleury y Santiago dieron la respuesta. "¿Y tú;

pequeño?" "Yo no sé". El señor Bernard lo miraba. "Está bien", dijo a los otros, "pero tendrán que trabajar en las tardes después de clases aquí conmigo. Yo me encargo de arreglar eso; ahora pueden irse." Cuando se fueron, el señor Bernard se sentó en su sillón y atrajo a Jacques. "¿Qué pasó?" "Mi abuela dice que somos demasiado pobres y que yo tengo que trabajar el año próximo." "¿Y tu madre?" "La que manda es la abuela." "Ya lo sé". El maestro quedó pensativo y luego dijo a Jacques, sentándolo en sus rodillas: "Mira, hay que comprenderla. La vida es dura para ella. Ellas solas los han educado a ti y a tu hermano y han hecho de ustedes buenos chicos. Ella tiene miedo, es normal. Habrá que ayudarte a pesar de la beca, y en todo caso no aportarás dinero a la casa durante seis años. ¿Entiendes?" Jacques sacudió la cabeza de arriba a abajo sin mirarlo. "Bueno, tal vez podamos explicarle el asunto. Toma tu mochila, te acompaño." "¿A mi casa?" "Pues claro, así tendrás el placer de ver de nuevo a tu madre."

Unos momentos más tarde el señor Bernard, bajo la mirada sorprendida de Jacques, llamaba a la puerta de su casa. La abuela fue a abrir secándose las manos en el mandil cuyos lazos apretados hacían resaltar su vientre de vieja. Cuando vio al maestro hizo un gesto con la mano para alisarse los cabellos. "¿Qué tal, abue, como siempre trabajando? ¡Ah!, es usted admirable". La abuela pasó al visitante a la recámara que había que atravesar para llegar al comedor, lo instaló cerca de la mesa y sacó el anís y dos copitas. "No se moleste, he venido a platicar un poco con usted." Para empezar, la interrogó sobre sus hijos, sobre su vida en la granja, sobre su marido, y él le habló de sus propios niños. Entonces entró Ca-

111 > 2



Dórica I

Fotografías de Claudia Shapiro

therine Cormery, turbada por su presencia lo llamó "señor profesor", regresó al cuarto a peinarse y ponerse un mandil limpio, y fue a sentarse al borde de una silla un poco alejada de la mesa. "Tú", dijo el señor Bernard a Jacques, "ve por ahí a ver si ya puso la cochina. Usted comprenderá", agregó mirando a la abuela, "voy a hablar bien de él y puede creerse que es la verdad..."

Jacques salió, descendió la escalera y se apostó en el paso de la puerta de entrada. Estaba todavía allí una hora más tarde, la calle comenzaba a animarse, el cielo a través de las plantas se teñía de verde cuando el señor Bernard desembocó de la escalera y surgió detrás de él. Le rascó la cabeza y dijo: "Bien, ya está arreglado. Tu abuela es una buena mujer. Y tu madre... ¡Ah!, no la olvides nunca". "Profesor", dijo de pronto la abuela que aparecía en el pasillo. En una mano tenía su mandil y se enjugaba los ojos. "Se me olvidaba... usted dijo que le daría lecciones suplementarias a Jacques." "Por supuesto. Y créame que no van a ser un descanso." "Pero nosotros no podemos pagárselas." El señor Bernard la miraba atentamente. Había posado las manos sobre los hombros de Jacques. "No se preocupe por eso", y sacudiendo a Jacques agregó, "él ya me ha pagado". Cuando ya se había ido, la abuela tomó a Jacques de la mano y subieron al departamento, y por primera vez lo apretaba fuerte, muy fuerte, con una especie de ternura desesperada. "Mi chiquito", repetía, "mi chiquito".

Durante un mes, todos los días luego de clases, el señor Bernard se quedaba con los cuatro niños durante dos horas y los hacía trabajar. Jacques volvía a casa en la tarde a la vez cansado y excitado y se ponía de nuevo a hacer tareas. La abuela lo miraba con una mezcla de tristeza y orgullo (...). Hubo aún días de trabajo duro y las últimas lecciones tuvieron lugar en el departamento mismo del señor Bernard (¿describir el lugar?), y una buena mañana, en la parada del tranvía, cerca de la casa de Jacques, los cuatro alumnos munidos de carpeta, regla y portaplumas, se encontraron alrededor del señor Germain, mientras que Jacques veía a su abuela y su madre en el balcón, inclinadas hacia él, haciéndole señas.

El liceo en el que tenían lugar los exámenes se encontraba exactamente al otro extremo del arco que formaba la ciudad alrededor del golfo, en un barrio antiguamente opulento y triste, y vuelto, gracias a la

EL PRIMER HOMBRE [fragmento]



Foto: Henri Cartier-Bresson

inmigración española, uno de los más populares y animados de Argel. El liceo en sí era un caserón cuadrado que dominaba la calle. Se entraba por dos escaleras laterales y una central, ancha y monumental, flanqueada de jardincillos en los que había árboles de plátano, enrejados para protegerlos del vandalismo de los alumnos. La escalera central desembocaba en una galería que reunía las dos escaleras laterales y en la que se abría la puerta monumental utilizada en las grandes ocasiones, junto a la cual una puerta más pequeña que daba a la conserjería se usaba de ordinario.

Fue en esta galería, en medio de los primeros alumnos llegados, donde los más escondían su nerviosismo con ademanes desenvueltos, salvo algunos cuyo silencio y palidez revelaba la ansiedad, que el señor Bernard y sus alumnos esperaban, frente a la puerta cerrada en la mañana aún fresca y la calle

todavía húmeda que pronto el sol cubriría de polvo. Tenían por lo menos media hora de adelanto; estaban callados, apretados alrededor de su maestro, que no encontraba nada que decirles y que de pronto los dejó diciendo que volvería. Lo vieron volver, en efecto, un momento después, siempre elegante con su sombrero y las polainas que se había puesto ese día; tenía en cada mano dos envoltorios de papel de china simplemente enrollado en dos puntas para poderlos asir, vieron que el papel tenía manchas de grasa. "Aquí tienen unos croissants", dijo el señor Bernard. "Cómense uno ahora y guarden el otro para las diez". Dijeron gracias y comieron, pero la masa de pan masticado pasaba difícilmente por la garganta.

"No se desesperen", repetía el maestro. "Lean bien el enunciado del problema y el tema de la composición. Léanlos varias veces. Tendrán tiempo." Sí, los leerían varias veces. Sí, lo obedecerían, a él que sabía todo y junto a quien la vida no tenía obstáculos; bastaba con dejarse guiar por él. En ese instante, una alharaca se formó cerca de la puerta pequeña. Los 60 alumnos ahora reunidos se dirigían allí. Un prefecto había abierto la puerta y leía una lis-

ta. Jacques fue uno de los primeros llamados. Le daba la mano a su maestro y dudó un momento. "Ve, hijo", dijo el señor Bernard. Jacques, temblando, se dirigió hacia la puerta y, en el momento de traspasarla, se volvió hacia él. Allí estaba, alto, sólido, sonriendo tranquilamente a Jacques, que sacudía la cabeza afirmativamente.

A medio día el señor Bernard los esperaba a la salida. Todos le mostraron sus borradores. Sólo Santiago se había equivocado en el problema. "Tu composición es muy buena", dijo brevemente a Jacques. A la una los acompañó de vuelta. A las cuatro estaba todavía con ellos examinando su trabajo. "Bueno", dijo, "ahora hay que esperar." Dos días después estaban otra vez los cinco delante de la pequeña puerta a las diez de la mañana. La puerta se abrió y el prefecto leyó de nuevo una lista mucho más corta, la de los elegidos. Entre la alharaca Jacques no escuchó su nombre. Pero recibió una palmada en la nuca y oyó al señor Bernard que le decía: "Bravo, chiquitín ¡te aceptaron!" Nada más el gentil Santiago había reprobado, y los otros lo miraban con una especie de tristeza distraída. "No importa", decía él, "no importa". Y Jacques no sabía más en dónde estaba, ni lo que pasaba. Los cuatro regresaron en tranvía. "Iré a ver a sus padres", decía el señor Bernard, "primero a casa de Cormery porque queda más cerca." En el pobre comedor, que estaba lleno de mujeres; su abuela y su madre, que había pedido un día de permiso para la ocasión, y las vecinas Masson, él estaba apoyado de costado en su maestro y respiraba por última vez el olor de agua de colonia, pegado a la cálida tibieza de ese cuerpo sólido, y la abuela resplandecía de felicidad entre las vecinas. "Gracias, señor Bernard, gracias", decía ella mientras el maestro acariciaba la cabeza del niño. "Ya no me necesitas", le decía, "ahora tendrás maestros más sabios. Pero tú sabes dónde estoy, ven a verme si quieres que te ayude." Ya se iba, y Jacques se quedaba solo, perdido en medio de esas mujeres. Entonces se precipitó a la ventana, viendo a su maestro que se despedía otra vez y lo dejaba ahora solo; y en lugar de la alegría del éxito, una pena inmensa de niño le estrujaba el corazón, como si supiera por adelantado que ese éxito lo arrancaba del mundo inocente y cálido de los pobres, un mundo encerrado en sí mismo como una isla en la sociedad en donde la miseria estrecha los lazos de familia y solidaridad, para ser lanzado hacia un mundo desconocido, que no era el suyo, donde no podía creer que los maestros fuesen más sabios que este cuyo corazón lo sabía todo, y debería en adelante aprender, comprender sin ayuda, volverse al fin un hombre sin el auxilio del único hombre que había venido en su auxilio, crecer y educarse solo, pagando el precio más caro.

Las noches de Ventura

LA MAESTRA DE VIOLIN / XI

Marco Tulio Aguilera Garramuño

— Quizás tengas salvación. Dime: ¿qué estás haciendo?

— Escribo una novela de amor.

— Tu autobiografía amorosa, supongo. La exaltación de tu vanidad de macho.

— Hay algo más. Yo también quiero herir un punto, como dices.

— ¿Cuál?

— Quiero escribir una novela de gran intensidad, sin valles, con puros picos. Descubrir la esencia de la mujer, desnudar su misterio.

Trilce sonrió.

— Pareces un niño. Todavía no te das cuenta de que el mundo de los sueños es inalcanzable. Quieres violentar la naturaleza. Eres un campesino educado aprisa. Eres kitsch en grado sumo: crees posible pescar la perfección y hacerla encarnar en una mujer, en una obra, quieres acimar a los pájaros bajo el agua. En cualquier arte, hay que seguir las leyes de la vida: es necesario tener remansos de paz, para que cuando venga la intensidad, ésta apriete el corazón del lector, del que escucha, del que mira.

Extendió la mano derecha y con el dedo índice de la izquierda acarició su palma abierta. Dejó sobre ella un billete de 50. No hablamos sobre su madre ni sobre las viejas complicidades. Hubiera sido inútil insistir: ella no existía sino para ser virtuosa.

— No estoy segura que tengas el rigor necesario para aspirar a ser un Chéjov —dijo—. Pierdes mucho tiempo en escoria, la lujuria te come el cerebro, la ambición, la vanidad.

Qué, alguien me llamaba, burp, aquí estoy, dijo la señora Lujuria vestida ahora de andrajos. Desapareció tan pronto como había llegado. La verdad es que con Trilce no había posibilidad alguna de malos (buenos) pensamientos. Por ahora.

Mi maestra abrió la puerta que da a la calle después de dejar escrita sobre el libro de ejercicios la tarea. Salí cabizbajo y rasguñado por las espigas de las frondas de los rosales hirsutos y polvorientos que rodean la casa. Sentí a mi niña allá atrás esbelta, alada, dueña del poder de su juventud y de su talento intacto, con su espada flamígera en la mano. Sus observaciones me deprimieron. Razón tenía: me faltaba fibra y me sobraban ganas de dilapidarme a mí mismo. ¿Conclusión? Me prometí no estudiar violín el fin de semana y dedicarme al ascetismo. Y sin embargo, bastó ver a la Princesa —¿cuánto tiempo sin olerle el coño, mi indiecita amada. Los Senos Más Famosos de la Parroquia?— para que cayera: la invité a cenar y me dispuse a perder el tiempo y un poco de líquido seminal (pero, bueno, el tiempo perdido es el único tiempo ganado, dice Proust, y *semen retentum venenum est* y si me he de morir mañana que me maten de una vez).

Dejó a la Princesa durmiendo su orgasmo semanal y fui a la Parroquia. Me encontré con Bárbara —ya lo nuestro comenzaba a ser un novelón en siete volúmenes, en el que un Marcel y una Albertina inmortal se unen y se separan mil veces, hasta agotar la paciencia del lector y de Dios—. Estaba acompañada por el bello adoles-

cente que toca el bombo en la banda municipal y por un músico de rostro abyecto —tal fue mi sensación— que elogiaba los efectos de la cocaína haciendo grandes aspavientos. Salimos del café rumbo al Agora, dejando abandonados a sus dos músicos.

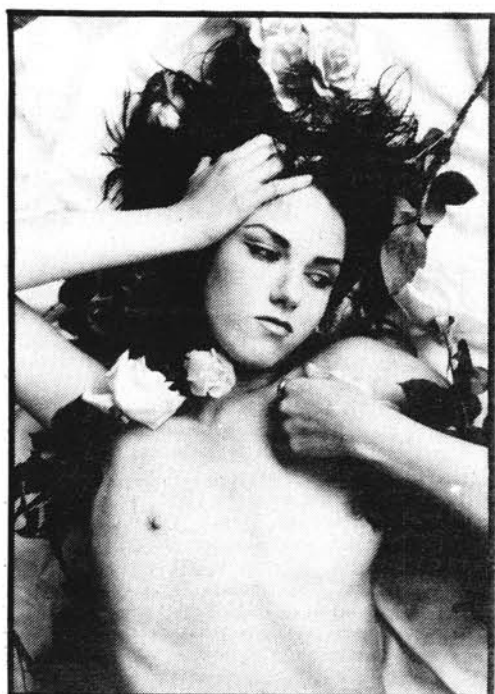
El aire de Xalapa tiene un tono gris, semejante al de Londres, dijo. Luego, sin transición, comentó que acababa de escribir una carta en la que cifraba grandes esperanzas. La vi más lozana que de costumbre. Tal vez no había trasnochado como habitualmente lo hace de lunes a sábado. Fui a que me leyeran las cartas, dijo. Lo hizo una señora en un patio, en medio de una manada de guajolotes. No te puedo decir lo que me reveló —estaba exaltada; lanzaba grandes suspiros—. ¿Sabes que tuve mi primer analista a los 12 años? En mi casa siempre me trataron como si fuera una loca furiosa y la verdad es que tenía alma de artista; desde pequeña fui poeta, yo no veía una vaca sino a la madre de la naturaleza en pleno; una piedra nunca fue para mí una piedra, sino una llave para entrar en otra dimensión. Durante mi adolescencia me llamaban *Barbara Sexilia* y era porque daba la impresión de que caería con cualquiera. Pero la verdad es que llegué casta de cuerpo al matrimonio. La vida conyugal con una criatura convencional como mi ex, satisfizo pocas de mis expectativas, y cuando me separé inicié la carrera desbocada que conoces y de la cual tú tienes gran parte de la culpa.

Bárbara Blaskowitz al emitir su discurso, tan semejante, de alguna manera, al de su hija, tenía también algo de san Agustín. Ahora no caigo tan fácilmente, dijo, ya me atrevo a decir que no, aunque sienta cosquillitas cuando un hombre me mira. Después de cada obra de teatro en que actúo, salgo con el poro abierto y no quiero que el público me vea porque estoy demasiado receptiva y caigo con cualquiera... Me acuerdo que después de *Las criadas*, de Genet, los del grupo nos encerrábamos en mi camerino y sobre una colchoneta nos hacíamos cochinas todos contra todos, cáoticamente, qué delicia, dijo.

Como buena actriz, Bárbara en cada parlamento parecía empeñarse en su vida. He rechazado papeles en películas no del todo despreciables. Clavó sus ojos de color aguamarina en los míos y me dije que aquella mujer era un desperdicio. Se despreciaba a sí misma presumiendo de una vanidad aparentemente vacía. Era el tipo de persona que cree ser una y resulta ser otra. Ay, disculpa, tengo que ir a mi clase de danza, y oyéndola alardear de ello uno podría suponer que la estaba esperando, taconeando a la puerta, Rudolph Nureyev o la misma Pavlova, cuando en realidad la aguardaba una especie de butifarra humana, excedida de peso y con una cabellera del color rojo más espantoso que se pueda imaginar. La fantasía y la realidad, qué telenovela. La de todos los seres humanos. Al despedirnos me dio un beso en la boca con gran intensidad y me miró a los ojos como si estuviera a punto de montar en el tren del olvido. Ya solo, me dije ingenuo, *Barbara Sexilia* mira y besa de la misma forma a todos los hombres. Trilce es otra cosa.



Sweet Rose



GATO URBANO RETOZANDO EN SU TINTA

Raymundo Ramos

...palabra terrible e inhumana. Instituye un discurso lleno de agujeros y de luces
—Roland Barthes

Cuchara de albañil,
paño de bronce: viento
de luz molida.
Desorientas de pálida.
Tus caderas de armiño
donde greñas de pólvora
se inflaman,
son plazuelas
de luna, y aletas de tiburón
cortan la sólida
cucaña.

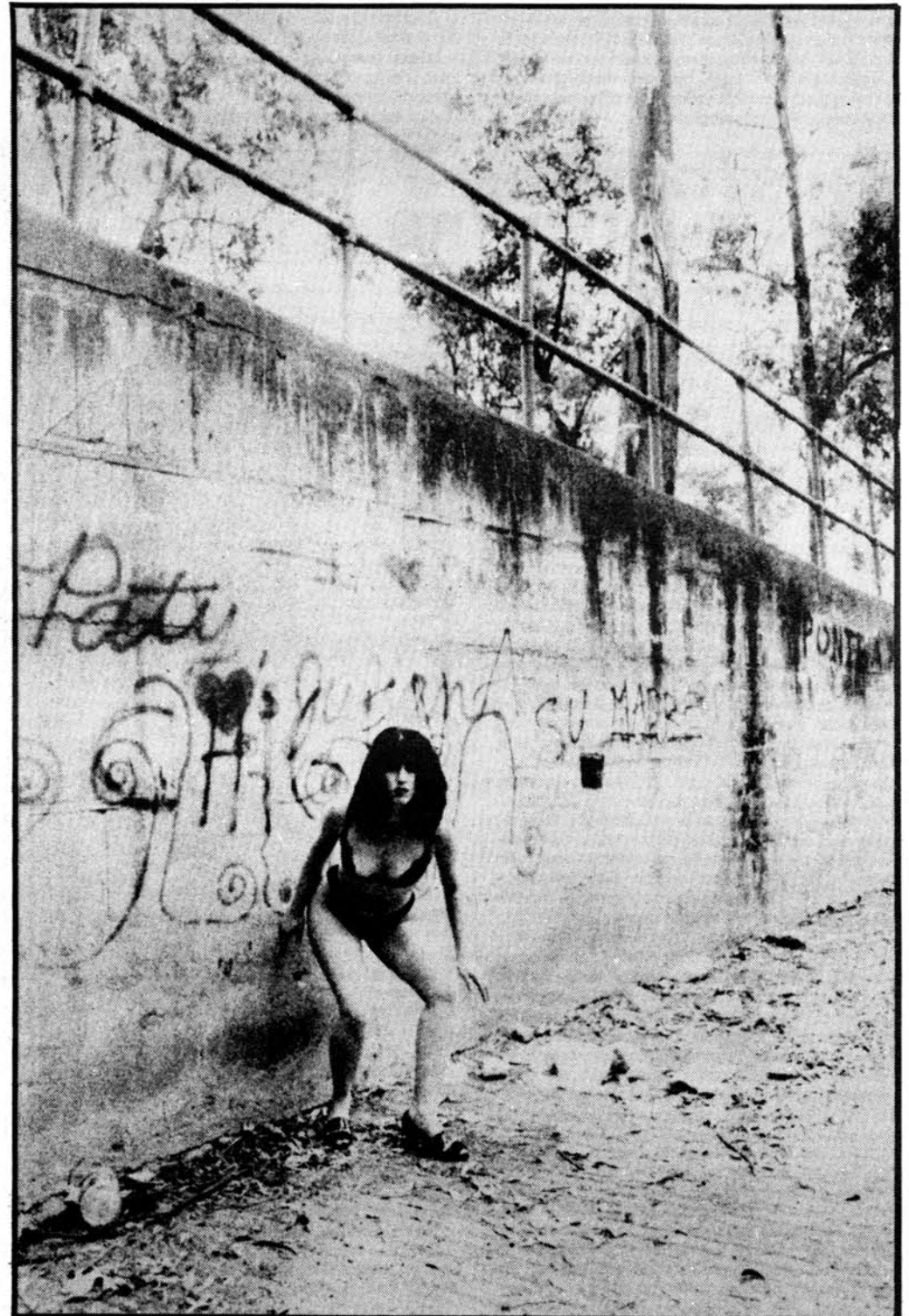
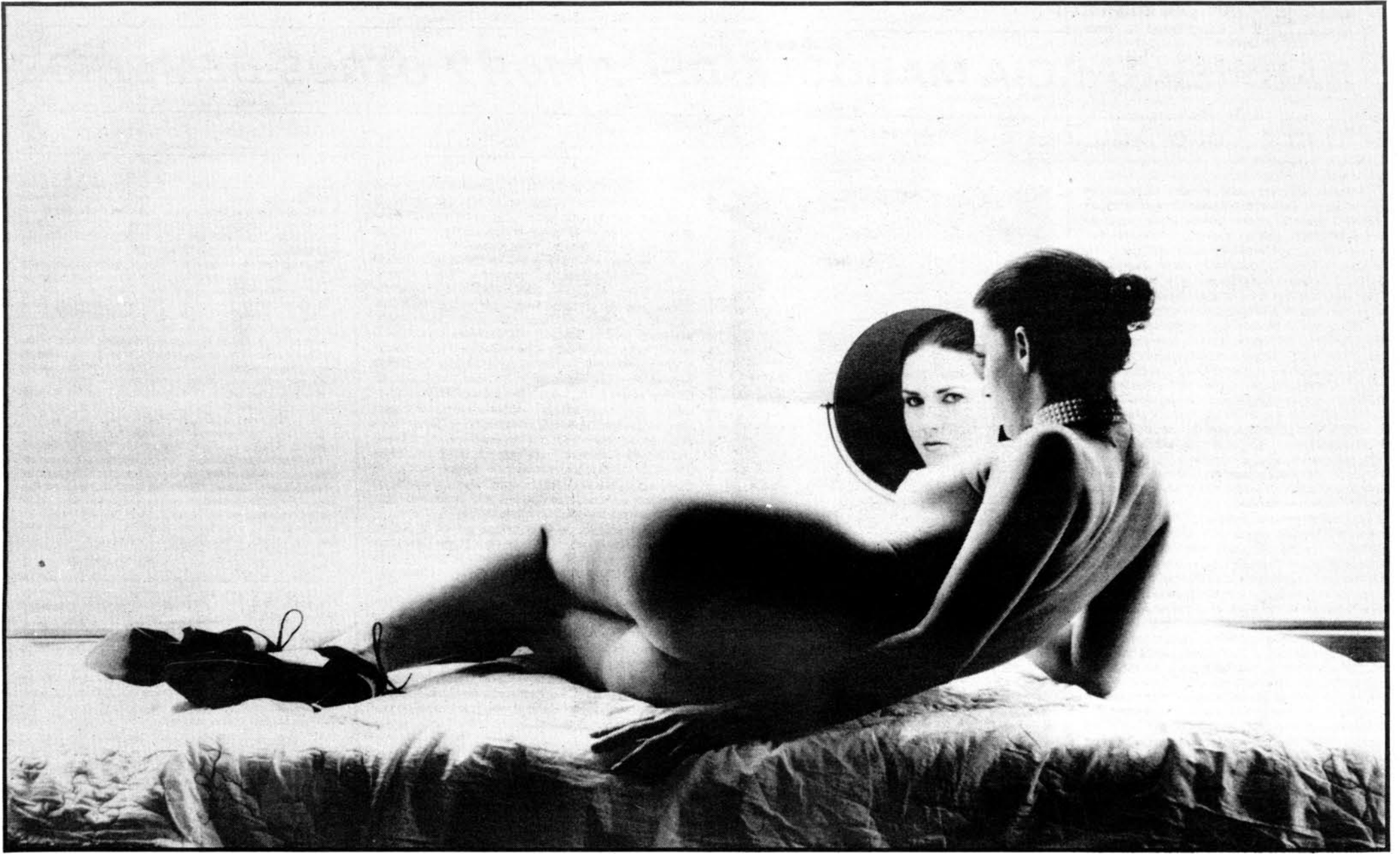
¿Sabes a dónde vas
hiedra de los biselos
colgando tus dentadas
mejillas de veneno
en mi ferviente corazón de brasa?
Borla de yodo
que dices: "para siempre"
y lava lava —flor de coños
o poquerito de blueberry—

tus huellas dactilares
en urnas de neblihumo.
Gato urbano retozando
en su tinta.

Mojas la lengua acicalada
en perfil de puñal
—uñas de celosía—
Y sobre domos de nubes oculares
del eterno retorno, escribes
en casas fulminantes
de acrílicos en ruinas:

Cuchara de albañil...

(Y aquí un solecismo de invariancias)
Las voces del poema
apersonal (el él del *grado cero*):
actor/actante de su propia escritura
lamiendo la leche acicalada
en puros "fundamentos lexicales".



LA CORDURA DEL SUEÑO, DE CLAUDIA SHAPIRO

Claudia Shapiro nació en México, DF, el 21 de septiembre de 1983

Otra lección del maestro

GABRIEL GARCÍA MARQUEZ: DEL AMOR Y OTROS DEMONIOS

Marco Tulio Aguilera Garramuño

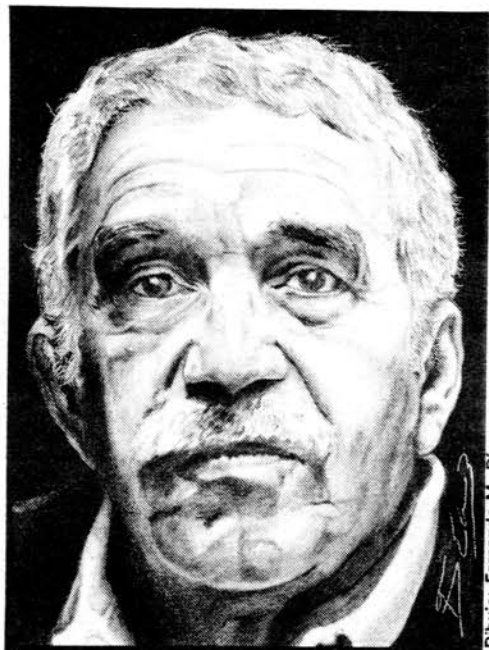
Si García Márquez fuera violinista sería un Paganini. Si fuera fabricante de violines, un Stradivari. Interprete lo que interprete es capaz de tener a sus lectores con la boca abierta y las pupilas dilatadas. La prueba de ello se halla, de nuevo, en su novela más reciente, *Del amor y otros demonios*,¹ obra que, a mi poco humilde modo de leer, resiste una comparación con las grandes novelas de amor, tanto por la síntesis milimétrica y el engarce de sus piezas, como por la tensión bien resuelta; tanto por la belleza y fuerza de sus personajes como por la intensidad de las situaciones y la naturalísima ambientación en una época que parece serle completamente familiar. Y todo ello, hundiendo sus raíces en una profunda y poética exploración de eso que llaman amor.

Habría sin duda quien decretase, de nuevo, la muerte de este Attila de la literatura. No faltará quien le detecte errores,² lo que, de ninguna manera le restará méritos: Cervantes mismo violaba todas las reglas vigentes con una elegancia y una gracia que opacaban cualquier censura.

Es tal la fuerza vital, el carácter de sus personajes, que García Márquez se permite presentar a dos o tres hijos de su pluma, tipos humanos sumamente atractivos (el padre Tomás de Aquino de Narváez, el negro Judas Iscariote, una esclava abisinia de belleza espantosa), los hace pasar frente a las narices del lector y luego los obliga a desaparecer con impiedad y desidia de jugador sobrado.

Apasiona esta novela tanto por lo que cuenta como por lo que deja de contar. La escena del amor no consumado entre la Sierva María de Todos los Angeles y su exorcista de cabecera, Cayetano Delaura, es tan conmovedora como la desembocadura del Amazonas, y para llegar a ella, sin duda García Márquez trajo por muchos afluentes de la literatura universal hasta encontrar en Garcilaso de la Vega el tono necesario, el aire, el ámbito que quería dar.

Es cierto de solemnidad que García Márquez repite con precisión de maniático obsesivo los clichés de su maltratado realismo mágico (hay tormentas apocalípticas y lluvias bíblicas; los nombres de los personajes son sonoros, ellos mismos son todos exóticos; hay un par de enigmas que no se solucionan, las frases son lapidarias, la sexualidad es manejada maniqueamente: o se trata de desgarrar entrañas o los amantes colocan espadas entre cuerpo y cuerpo; hay ocurrencias magistrales e imágenes deslumbrantes;³ las mujeres siguen siendo las poseedoras de las claves; los sueños continúan siendo nudos de significación, anuncios y juegos de prestidigitación; la prosa está salpicada por una dosis digerible de palabras que requieren diccionario o alta erudición



Dibujo: Fernando M. Díaz

—cocotóloga, carcavera, zorullo, vulneraria, venturo, fricando malos, fiemo, átimo—), pero hay que prestar atención a una enorme diferencia: en ningún caso se objetivan las maravillas, sino que éstas forman parte de la imaginación de los personajes.⁴ Las maravillas que se sugieren pero no se ofrecen embusteramente a los lectores adictos al realismo mágico son: una cabellera que, tras la muerte de la Sierva, sigue creciendo hasta alcanzar 22 metros; gallinas espantadas volando por encima de tejados, humanos con patas de gallina, un hijo de dos cabezas.

La gran virtud de esta obra no es, sin embargo, su exotocidad (Cartagena de Indias en tiempos de los virreyes), sus personajes extravagantes o la velocidad del trazo narrativo, sino la sencillez con que está escrita, la economía de lenguaje. Esto corresponde a una poética, a una gran conclusión a la que ha llegado García Márquez en su carrera como escritor: "Cuanto más transparente es la escritura más se ve la poesía", dice un personaje.

Decir que García Márquez descubre algo nuevo sobre el amor sería una mamadera de gallo: sobre el amor nunca se descubre nada nuevo, puesto que el amor es un juego absurdo en el que se repiten siem-

pre las mismas jugadas con las mismas cartas y en el que quien cree saber algo sobre el amor, algún día descubre que no sabe nada. El valor de esta obra está de nuevo en el encanto, el deslumbramiento que ocasiona en los lectores. Me atrevería a decir que desde *Muerte en Venecia* no se había escrito una obra tan sustanciosa, tan deleitable, tan delicadamente tejida. Muchas veces me he preguntado de dónde sale ese encanto, ese efluvio que baña casi todo lo que escribe García Márquez. Sólo puedo aventurar una explicación: García Márquez posee la gracia, la luz, en su propia persona y esa luz pasa casi directamente al papel. Y, para decirlo sin tantos rodeos, no lanzo esta afirmación como hipótesis, sino casi como tesis. Todavía recuerdo el deslumbramiento que me ocasionó conocerlo y el poder hablar con él sossegadamente, sin presión alguna, años después de que pregoné a los cuatro vientos la necesidad de asesinarlo para que los otros escritores colombianos pudiéramos vivir. Y conste que no lo dice ni lo escribe un obsecuente, sino un escéptico corrosivo, un envidioso doblegado y un escritor con una dosis no tóxica de megalomanía.

Todo el análisis de la personalidad de la Sierva María (una blanca con alma de negra), de Cayetano Delaura (un exorcista que es poseído por el más grande demonio: el amor) y del resto de los personajes, queda a otros lectores más minuciosos o autorizados. Hay en esta novela una síntesis y una capacidad de sugerencia, una veta poética que hace pensar en *Pedro Páramo*. Más que *El amor en los tiempos del cólera*, me atrevo a conjeturar que será *Del amor y otros demonios*, la obra maestra del amor (a la literatura y a la vida) de García Márquez.

No hay remedio: los escritores de a pie seguiremos aprendiendo del *Gabo* aunque nos robe los pocos lectores que quedan.

¹ Gabriel García Márquez, *Del amor y otros demonios*. Editorial Diana. México, 1994.

² Yo le encontré exactamente tres. Refiriéndose a un libro, García Márquez escribe que "era traducido por un monje de Coimbra". Lo correcto es *habla sido traducido*. De otro modo parece que ya la traducción no existe. Un segundo error, más bien descuido, corresponde a la repetición excesiva de la palabra *ámbito*, demasiado fuerte para aparecer dos veces en una misma página y tres en un libro tan breve. El tercer error: "Ante la falta de respuesta se fue a buscarla". Lo correcto es *fue a buscarla*. Los tres errores son, en efecto, errores y no se pueden justificar diciendo que reproducen el habla coloquial, puesto que el narrador de esta novela es

absolutamente omnisciente, por lo tanto, debe escribir como escribiría Dios: sin un sólo gazapo. Aunque se podría hacer la salvedad de que Dios mismo acaso cometa dos o tres errores en su creación para que sea susceptible de críticas y para que se entretengan los ociosos o los malintencionados.

³ "Es una lástima, porque la incomunicación con los caballos ha retrasado la humanidad", dijo Abrenuncio. "Si alguna vez la rompiéramos podríamos fabricar el centauro." / "Su aliento breve y sus manos febriles no parecían las de un hombre feliz." / "...con una bóveda alta y ventanas grandes, por donde entraba a gritos la claridad del mar." / "En el centro había un mesón con cartas de marear, un astrolabio y otras artes de navegación, y un globo terráqueo con adiciones y enmiendas hechas a mano por cartógrafos sucesivos a medida que iba aumentando el mundo."

⁴ Hay una salvedad: el verdadero prodigio es un embuste del tamaño del mundo y se halla en el prólogo, que me parece perfectamente prescindible y que es, de nuevo, en mi ridícula opinión, un homenaje innecesario al periodismo. En el mentado prólogo se cuenta que de una cripta el periodista García Márquez vio sacar, cuando era feliz e indocumentado, una cabellera de 22 metros y once centímetros. Hoy que es infeliz y famoso, García Márquez —*Gabito*: su condena y su gloria es haberse convertido en amigo de todos sus lectores, que se atreven a llamarlo con diminutivo y a hablarle de tú—, magnifica su pasado, lo mitifica, para justificar los excesos imaginativos de su narrativa. Asunto del todo banal.

Huberto: Te mando varios trabajos. En primera medida un artículo sobre *Del amor y otros demonios*, la novela más reciente de GGM. Para que no pierda actualidad, si puedes (y quieres, claro) me gustaría que lo publicaras pronto. También mando otras dos reseñas. Y finalmente las entregas del XII al XVI de *La maestra de violín*. Extraño un poco que cuando hacen selecciones del equipo de *sábado* no me pongan ni siquiera como suplente. ¿Será que no lo merezco? Me ofrecería como masajista de las fuerzas femeninas, por lo menos. En mi artículo sobre la novela de García Márquez ya no protesto por la malhadada costumbre suya de andarme espiando para sacar sus libros al mismo tiempo que los míos con el inoble propósito de quitarme los lectores. Me rindo: no sólo es un buen escritor, sino que es único e incurrir en la obra maestra con demasiada frecuencia. Algo chueco debe tener el *Gabo*: algún pacto inabordable con las fuerzas creativas.

—Marco Tulio Aguilera Garramuño
Apartado Postal 277
Xalapa, Veracruz

HISTORIA DE UN ENCUENTRO

Manuel Aceves



En un encuentro de junguianos del norte y del sur, celebrado en Quito en 1991, repliqué yo al doctor Carlos Byngton, jefe de la escuela brasileña, diciéndole que en México teníamos la suerte de contar con una corriente de pensamiento llamada *filosofía de lo mexicano*, la cual nos alerta de que a nosotros, iberoamericanos, se nos da fácilmente el regreso a la magia, dado que de ella venimos.

Byngton sostenía que la única manera de contrarrestar el arquetipo patriarcal e inquisitorial de los conquistadores iberos, era mediante una respuesta contraria, *matriarcal* y de índole *mágica*. Yo le expliqué que, en todo caso, debíamos entrenarnos primero en las disciplinas del espíritu, como es la propia psicología junguiana, y sólo entonces regresar a la magia y a la madre.

El arquetipo ibérico nos es indispensable porque es el portador natural de la cultura de Occidente, a la que pertenecemos de facto. Además, dicho arquetipo no es en sí mismo inquisitorial sino que está presente en la figura de don Quijote, que es el arquetipo del héroe cultural y civilizador por excelencia, y éste es de hecho el arquetipo estructurador de Brasil debido a su formación multirracial y a la ausencia en su territorio de civilizaciones como la nahua e incaica.

Pero considerar a don Quijote como arquetipo es una idea nueva y desconcertante aun entre los propios junguianos, pero están equivocados. Jung identifica a ciertos personajes literarios como verdaderas representaciones arquetípicas de las razas y pueblos en los que se originan. De este arte, el doctor Fausto, de Goethe, viene a ser el arquetipo de las razas germánicas, arquetipo que Nietzsche reelaboró en la forma tal vez definitiva de Zaratustra. Por eso se dice que *Zaratustra* es el *Fausto* de Nietzsche.

En Quito salió a relucir, finalmente, que tanto los brasileños como los mexicanos y los latinoamericanos en general no somos más que unos nietzscheanos de tertulia. Cuando, en la psicoterapia, debemos practicar una *trasvaloración de todos los valores*, como exigían Nietzsche y Jung, entonces retrocedemos asustados... En términos de historia, nosotros por ejemplo, somos incapaces de reconocer que la nacionalidad es obra de Hernán Cortés y que, en todo caso, los indios, mestizos y criollos no pudimos conservar las antiguas fronteras del continente que



La piedra Intihuatana, junto al templo. Al fondo, tallada en andenes, la cumbre del Huaina Picchu

nos heredaron los españoles. (Léase a José Vasconcelos y a José Luis Martínez.)

VISION DE MACHU PICCHU

Descubierto en 1911, Machu Picchu es un eje cósmico no cegado por los conjuros cristianos: la energía fluye libremente por los tres niveles. Los viajeros han escrito del peligro que se corre en Machu Picchu: no regresar. El ánimo se cambia en piedra, en *pururauca*.

Allí los indios alquimistas fundieron la materia con sólo las manos. La piedra Intihuatana atraía al Sol a la Tierra y se producía la unión. ¿Quién iba a imaginar que no es oro, sino piedra, el lapis tan buscado?



Clase segunda: los pupilos

MANUAL DE ZOOLOGIA UNIVERSITARIA

Ricardo Cayuela Gally

Cualquier parecido con la realidad es producto de la maledicencia del demiurgo maligno, autor de este bajo mundo sublunar, y no sólo mía

V: LA MARISABIDILLA

Portafolios de cuero negro, lentes del tamaño de unos binoculares, inéditos engargolados, *ex libris* propio, cursos diversos, clases especiales y escuelas de idiomas germánicos bajo el sol de la tarde; estos extraños animalitos, más propensos al pleonismo que al eufemismo, marisabidillas reales, algunas, e impostadas la mayoría, rehúyen —como a la lepra— el contacto con el resto de la fauna universitaria, y se comunican con sus semejantes sólo con tímidas miradas y discretos *hastaluegos*. Las marisabidillas, para sobrevivir en el hostil mundo sublunar, han desarrollado una curiosa facilidad mimética para refugiarse en la biblioteca-madriguera y confundirse con sus anaqueles: las hay hermosas, como una incunabla hagiografía medieval; las hay, claro, ordinarias, como el número 237 de la colección *Sepan cuántos...* Por escrito, sin embargo, sufren una verdadera metamorfosis y, auténticas fieras salvajes, amantes de la disputa y el encono, rebaten, para pasmo y gloria de la

humanidad giratoria, ya a Rosa Lida, ya a don Antonio Alatorre y Lucientes.

Sus carreras universitarias serán exitosas y brillantes si logran sobrevivir al compañero-grillo, al fósil-coyote, al profesor-mentor de la Facultad, Aptitud o Carta Blanca. Los posgraduados en el extranjero les esperan con la condición de que no pelen al chistoso de la banca de junto, al que no pelan, y con que rechacen la invitación del pelma de VII semestre para ir a ver el juego de los pumas, que no siempre rechazan: ¿Por qué nadie te lo advirtió a tiempo, Helena, por qué?

Una vez tuve la imprudencia de preguntar: "¿Qué tal, Fiferufu, tu fin de semana?" Me respondió con evasivas que ni a función fática llegaron. Aburrido, ocioso y con nada mejor que hacer, insistí. Su respuesta fue: "Nada, igual que todos." Necio, presioné un poco más, y, entonces, sucedió: impostando la glotis y el velo del paladar, me dijo: "Nada, en casa. Releía a Apuleyo y Petronio. Descubrí cuán parecido es *El asno de oro* al *Satiricón*, ¿estás pas la même décadence?, qu'est-ce que tu penses?" Sin contestar, le hablé, brevemente, del cine, el clima y la comida en casa de la familia de Helena mientras pensaba muy para mí: "Sí, la misma decadencia, cómo no."

Juan García Ponce: *Pasado presente*

EL LEÓN, EL PANAL Y EL GIGANTE

Carmen Boulosa

Para HB, que me habló de este pasado mítico en mi propio (y no mítico) pasado

El gigante Sansón encontró en el camino un león. El león rugió amenazándolo. Sansón avanzó hacia él, lo agarró de la enorme testa, metió sus manos en el hocico fiero, lo desquijaró, como si fuera un corderillo, y siguió su camino.

Meses después, la casualidad llevó a Sansón al mismo recodo del camino. Los restos del león estaban donde él lo había desquijarado. Pero el cadáver que él había hecho con su fuerza descomunal no era solamente un montón de huesos: adentro del esqueleto del león las celdas de un panal, perfectas, se habían formado.

El león que el gigante desquijaró funciona como metáfora de *Pasado presente*, de Juan García Ponce. En el camino del escritor cruzó el león fiero de sus memorias, el león de su pasado de joven escritor, de escritor iniciante ("después de todo, durante esa temporada muchos de nosotros tratamos de ser escritores") y el gigante García Ponce lo desquijaró. A pesar del apego que él debió sentir por su pasado, de la admiración que debió sentir por él y por la fuerza con que se le re-presentaba en la memoria, y de la amenazante y "sagrada" melancolía, lo desquijaró. De su cadáver brotó la novela, formada primorosamente, como el panal y sus celdas adentro del esqueleto del muerto fiero. Ni el león se comió a Juan García Ponce, ni Juan García Ponce desvainó la espada, destrozándolo. *Pasado presente* cuenta con la forma del cuerpo vivo del pasado, pero donde sus incómodas vísceras proveyeron de pura utilidad el funcionamiento del incómodo organismo, máquina de fluidos y pulsar de músculos, el bordado de la tinta erigió la catedral de la novela.

Para Juan García Ponce, el león rugiente ha muerto. Las celdas perfectas que forman el panal del edificio que habita su esqueleto no le permiten la entrada, "contempla un alto montón de cuartillas", como escribió T. Mann, ante el león muerto, ya sin carne, para él "terminó la ilusión del comienzo", como dice R. Musil, como los cita Juan García Ponce en la *Coda* de *Pasado presente*. *The rest is silence*, para el autor, pero a nosotros los lectores, ni gigantes ni leones, las celdas del panal nos acogen, nos dan casa en la lectura de la monumental novela. Só-

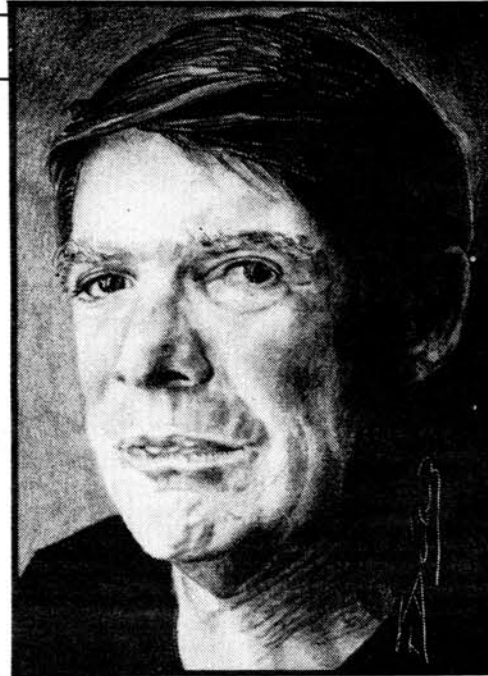
lo para nosotros, el pasado que recuerda el narrador que Juan García Ponce eligió, es presente, es el hoy que nos propone vital la lectura.

Recordar, pero al hacerlo armar con los recuerdos un mundo autónomo, impío, que no sienta piedad alguna ni proclividad por el pasado. Que no tenga conmiseración. Que venza la sombra peligrosa del apego. No fiar en la memoria de nadie más que en la propia, pero no creer más que en aquello que construyen las propias palabras sobre el papel, descreyendo en las apariciones que le regala la memoria. Enterrar al recuerdo, objeto de amor, sepultarlo, y alzar con sus huesos el cimiento del edificio verosímil y verdad, el fiero, el que se levanta adentro del cadáver utilizado del ayer en el tiempo sin tiempo del recuerdo.

Traer el pasado al presente y soltarlo de inmediato en bien del texto, porque el presente es despreciable (no cuenta sino con el desprecio del narrador), recuperar al pasado en el ejercicio presente de la memoria, pero sin confiar en el presente, dándole solidez y verdad en la verdad autónoma del texto.

En *Pasado presente* no hay héroes ni monumentos, ni siquiera actos heroizables y monumentales. Ni siquiera cadáveres o tumbas. Los protagonistas aparecen en las páginas en una dimensión cotidiana, real, desmitificados. Es cierto, en los ojos del narrador el presente es patético, despreciable ("horrendo" es la palabra que usa para describirlo), pero no por eso el pasado es loable, no hay en él hechos gloriosos y héroes y prodigios. Lorenzo no alcanza el rango de personaje romántico siquiera, pero es un personaje verosímil, respira, camina, suda, está en el texto. Tampoco el erotismo convida a un vínculo con lo sagrado que pudiera hacer dar pasos más altos, volar siquiera a la altura del culo de las copas de los árboles. Pero las páginas eróticas son totalmente erotizantes. Las dos "cuerpos" por antonomasia en la novela, Carmenchu y Socorro ("Virginia") (pues Geneviève es a más de cuerpo una historia que carga a cuestas con el peso de la novela), se van desprovocando a lo largo del texto de sus atributos: Carmenchu enterra su cuerpo en un vestido blanco de novia con la barriga de seis meses de embarazo, Socorro lo ahoga en el alcohol y en su tristeza.

"Quedaron los recuerdos y las fotografías. Los recuerdos son borrosos, contaminados por la naturaleza huidiza del presente; las fotografías revelan



Dibujo de Fernando M. Díaz

verdades en las cuales uno no repara en el momento a pesar de su obviedad."

Des-sacralizados, los personajes acuden al presente posible de la página escrita, al presente que revive la lectura. En el cuerpo de la novela y en su trascurso no hay presente, todo es recuerdo pero el recuerdo es la fuga. El pasado se convierte en presente tan sólo al final del último capítulo, cuando el narrador, desapareciendo de la historia, y cediendo la narración al autor, vuelve a Geneviève puta. Cuando la sacraliza puta. El pasado es presente cuando el deseo destruye, cuando "lentos de ellos dos, convertidos en una sola persona por la aceptación mutua de una acción que debería separarlos y los unía en otro terreno". Geneviève se acuesta con varios a la vez, se exhibe en público, se condena puta. Es entonces que el pasado es presente, cuando consigue lo imposible: "Pero ahora no había futuro, ignoraba cuál pudiese ser ese futuro y no podía pensar en el presente; sólo hacer sentir, sentirse hacer sentir."

Inalcanzable, deseada por todos, poseída por uno que la entrega a otros, que la des-posee, la puta alcanza la pureza. La puta "era la pureza misma". Juan García Ponce, el narrador batallano, le ha arrebatado del todo la novela al narrador deselizondiano, para cumplir con la imposición de la novela, con su necesidad expresada en el título: *Pasado presente*. Para hacer presente el pasado. Atrás quedó el infierno de los celos, la imposibilidad de la crea-

ción (sólo queda esto del acto creativo al hacer la "crónica" de la vida del escritor, al hacer el recuento del pasado: lo demás va a dar a las obras, queda afuera del alcance de la narración). Se alcanza el estado perfecto: la eternidad del erotismo, el vencedor de la muerte y de la vida, y, por lo tanto, de la condena del tiempo: "Tal vez el obstáculo fuese una necesidad de prolongar el presente en el cual cada instante resultaba tan intenso y de cuyo avance nadie quería ser el responsable".

A pesar del obstáculo, la narración fluye: "El tiempo se había puesto en movimiento y sin embargo, todo seguía siendo un presente en el que todo era deseo de llegar a un futuro incierto aunque supuestamente previsible."

La narración fluye pero no conduce a un final. La novela acaba con el inicio de un encuentro erótico que el narrador no cede a contar. Sostenidos en los puntos suspensivos de la pausa, los lectores sabemos que el pasado es presente, que en la osamenta del león hay vida y la perfección de la forma que nos acoge para que nos engañemos con la miel y la cúpula, con la cúpula y el gusto de la narración, porque el placer de contar la historia se cierne como ley a lo largo de toda la novela, y estalla en el relato paralelo de Socorro, que no se involucra con el eje de la historia pero que enseña solamente el gusto de contar una historia, y al mismo tiempo agrega al cuerpo del relato un ingrediente de la destrucción del presente: la llegada masiva y desoladora de inmigrantes del medio rural. Aunque decirlo así puede enojar a Juan García Ponce, porque tal vez para él Socorro no es una pobre inmigrante sino una mujer que deja de serlo para sacralizarse, como Geneviève en la "putería".

El narrador juangarciaponciano que arrebató la palabra al primer narrador (Hugo, el des-elizondiano) para traer al presente el pasado en el ardor de la carne y la luz difusa del deseo, ilumina una realidad que de otra manera no tendría acceso ninguno a la luz. "¡Melancolía! ¡Melancolía! Esa palabra sagrada no se puede dejar de sentir", dice en la *Obertura de Pasado presente*, mientras el narrador lamenta la desaparición de la ciudad que él habitó de joven y niño, y que ha sido suplantada por la atroz desde la que hoy describe esta lectura. Pero la melancolía sagrada desprecia los hechos y las personas y se funda solamente en la ciudad a la que él se habituó a recorrer como un solitario. Su ciudad, la de él, ha sido destruida por la intromisión de los otros. Es frágil como la belleza de una mujer, y como en Geneviève (lo suponemos) hará en ella estragos el tiempo. Los hacedores del daño del tiempo en su "persona" son los demás, los demás que Hugo no aprendió nunca a frecuentar ni a tolerar. Igual la ciudad renace cuando los demás desaparecen en la luz del deseo expandido, en el deseo que no es la liga que mira de un punto a otro, la correspondencia entre dos pares de ojos, sino la des-correspondencia, la des-mirada, el deseo autónomo que vence al tiempo, que se da a pesar de las personas. En él encarna también nuestra ciudad desaparecida. Y es de ella un monumento, de ella solamente, la novela *Pasado presente* de Juan García Ponce. Ella es el cadáver vivo del león. Ella es el gigante que lo desquijaró. Sansón la miró hacerlo, desde su cama, escritor testigo, voz, artesano, abeja que elabora sobre el cadáver del león las celdas perfectas del panal que hacen el cuerpo vivo de la novela.



El cuerpo de la sombra

LA MANZANA

Macario Matus

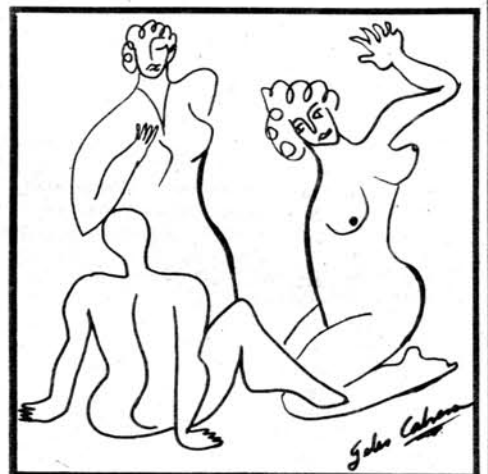


El personaje deambula por la playa. A la orilla donde apenas besan las olas, unas niñas juegan con otro muchacho. La más grande hunde la cabeza del varón entre las olas, y la menor restrega su sexo hasta lograr una imponente erección, que se ve como un periscopio en pleno mar de espumas.

El caminante sin rumbo recuerda la escena cuando era niño y jugaba con dos muchachas de su edad. Una montada sobre la otra, también en la misma playa, el mismo mar impetuoso y las olas besando la tibia arena. El personaje de entonces sigue a las muchachas y les ha metido un dedo en cada grupa, tal si fueran caballitos de mar. Ellas se vapulean sobre el agua salada como felices serpientes azules.

La escena pasada y la presente le provocan una eyaculación prematura. Eso ocurre cuando llega la madre y las castiga con palabras.

El personaje llega a su choza. Sobre la mesa rústica coloca un plato con una manzana con miel derramada. Zumban las moscas negras sobre el manjar. Indagan si la miel es buena y delgada. Luego invitan, en un lenguaje imperceptible, a las pequeñas hijas para gozar picando de



Dibujo de Geles Cabrera

aquí y allá, revolcándose sobre la manzana prohibida.

El personaje recuerda a Pessoa cuando llora: "El tejido de mis nervios, una red puesta a secar en la playa".

AMOR VENAL / VII

Roberto Moreno de los Arcos



Hasta donde entiendo, la divinidad —o por lo menos la ciencia que la estudia, que es la teología— ha tenido en todas las culturas algo que ver con el hecho de la prostitución. Lejos de mi intención de decir aquí algo de María Magdalena o de las opiniones de los padres de la Iglesia sobre el particular. Me referiré tan sólo a lo poco que podemos saber por las fuentes españolas —y religiosas en particular— al tema entre los indígenas prehispánicos.

La diosa Xochiquétzal ha sido indiciada como la responsable de las prostitutas. Según los maestros Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla, éste es el nombre de la deidad madre (aspecto femenino del dios dual) en su representación de diosa de la alegría y el amor, patrona de las labradoras (bordadoras, particularmente) y las prostitutas, y también de los hortelanos o artifices de arreglos florales. Con ella se representa a la mujer únicamente en su carácter de instrumento de placer. Similar a esta diosa nahua son Mauina, entre los purépechas, y la diosa Ixchel, entre los mayas.

Un mito en torno a esta diosa narra que era esposa de Tláloc, dios de la lluvia y el agua, pero fue robada por el guerrero del Norte, Tezcatlipoca, por lo cual su esposo la busca constantemente. Con este mito aparentemente se simboliza la renovación anual de la vegetación, que es robada por el invierno y renovada con las lluvias. Alfonso Caso en su clásico *El pueblo del Sol* (México, 1962) lo refiere de esta manera: "Xochiquétzal, 'la flor de pluma rica', es la representación de la belleza y el amor, diosa de las flores y patrona de las labores domésticas; pero es también patrona de las cortesanas, las *auanimes* o *maquí*, que viven con los guerreros solteros, porque ella misma fue raptada por el joven dios Tezcatlipoca, el guerrero del Norte... Se caracteriza por llevar dos grandes penachos enhiestos, hechos de plumas de quetzal, y por su indumentaria ricamente bordada."

Xochiquétzal también poseía atribuciones relacionadas con el maíz y asociaciones con Xochipilli, dios de las flores y el canto. Afirma H B Nicholson, en su trabajo "Los principales dioses mesoamericanos" que se publicó en la obra

Esplendor del México antiguo (México, 1959), lo siguiente: "Mientras en la región maya la deidad del maíz (Dios E) se concebía como masculina, en el centro de México era femenina, aunque en los últimos tiempos se conocía a Cintéotl, una deidad masculina del maíz, que estaba íntimamente asociada con el dios de las flores, del canto, de la danza y del amor, y se le conocía como Xochipilli o Macuixóchitl, su nombre calendárico. El equivalente femenino de este dios era Xochiquétzal, quien también parece haber poseído asociaciones importantes lunares y terrestres."

Había, a más de esta diosa de la alegría, una expresamente señalada como la diosa de las "cosas carnales". Se trata de Tlazolteotl o "Diosa de la basura", a la cual estaba dedicada la fiesta del mes Ochpaniztli, que se puede traducir como la "acción de barrer el camino".

Fray Bernardino de Sahagún, en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, llama a Tlazolteotl "otra Venus", en seguimiento del natural impulso de los primeros europeos en el Nuevo Mundo de explicar las cosas por la vía de la comparación con lo ya conocido. Recuerdo ahora que Fernández de Oviedo para describir el sabor del aguacate lo comparó con los piñones. Pero volviendo con esta otra diosa, Tlazolteotl, consta que ante ella, mediante los sacerdotes, se cumplía un rito llamado Neyolmelahuatlitzli, que viene a querer decir "acción de enderezar los corazones", muy semejante a la confesión cristiana (y por esto y otros casos semejantes, los evangelizadores propusieron la tesis de que si hubo predicación en América pero el Diablo hizo que los indios abandonaran la verdadera fe). El individuo confesaba sus pecados sexuales y se le mandaba un sacrificio consistente en derramar sangre de su lengua y orejas, con lo que quedaban lavados sus pecados. Esto sólo podía hacerse una vez en la vida. En la fiesta del Ochpaniztli se bailaba (con nada más movimientos de los brazos) durante ocho días. Después las médicas (tizime, que alguna relación guardaban con las alegradoras) hacían una escaramuza delante de la mujer que iba a ser sacrificada (imagen de la diosa Toci), a la que consolaban médicas y parteras diciéndole: "Hija, no os entristezcáis, que esta noche ha de dormir con vos el rey, alegráos", según refiere fray Bernardino. No le decían que iba a ser sacrificada, pues debía ser por sorpresa.

La mujer posmoderna es como la Bolsa de Valores: nunca tantos especularon tanto con algo que tan pocos entienden.

Con esta primera frase logré lo que a la mayoría de los políticos les lleva varios años conjuntar: el desfavor de todos los partidos. El feminismo puro, que, como a todo movimiento de esas características, le falta sentido del humor, me acusaría de hacer comparaciones venales con una imagen que tanto esfuerzo ha costado elevar a la solemnidad. Los opositores, o sea el sistema, de jugar frívolamente con un pilar de la estructura, de por sí tan vapuleada. Los filósofos, de emplear el adjetivo posmoderno con falta de seriedad. (En lo cual les concedo razón.)

Aquí habría que partir de mi premisa al empezar este texto: tanto a las mujeres como a los filósofos y los financieros les vendría bien un poco de irreverencia en el tratamiento de sus importantes y particulares asuntos.

Cuando hablamos del individuo posmoderno, nos referimos tal vez a aquel que se esfuerza por habitar y comprender un mundo en movimiento, desprovisto de anclas y sujeto a una continua reinterpretación de sus parámetros. La relativización de nociones de valor y verdad, la equivalencia de las culturas y la interreferencia de textos a otros textos construyen un complejo andamiaje.

La Bolsa de Valores y otras instituciones similares sufren del síndrome de las Expectativas Irracionales para la mayoría de los humanos; donde los ángeles temen entrar, las multitudes se precipitan, con resultados a menudo dolorosos.

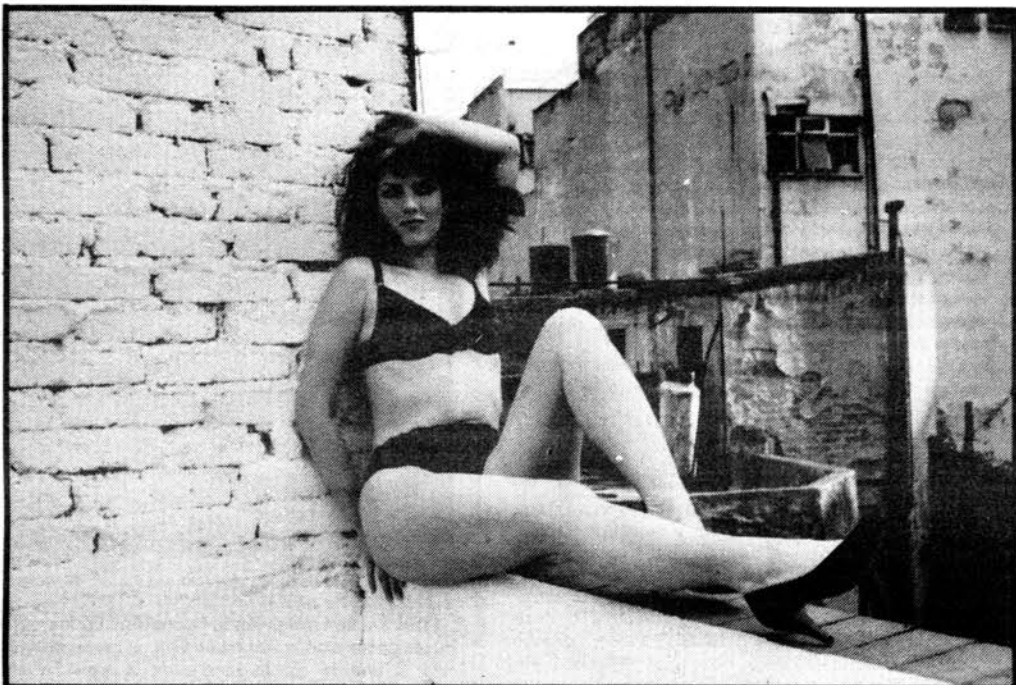
En cuanto a las mujeres, somos mucho más comprensibles que el posmodernismo o la Bolsa de Valores, por lo menos para nosotras, aunque no necesariamente para el otro 50 por ciento de la humanidad. Seguimos teniendo que explicarnos, que colocarnos etiquetas excluyentes y limitadoras. Es posible que haya una razón para esto; el 50 por ciento masculino lleva unos cuantos miles de años dedicado a estudiarse y definirse, mientras nosotras nos las pasábamos dando y recibiendo manzanas, desde la que tanto le costó a los pobres troyanos hasta la involucrada en ese siniestro juego judeocristiano del toma y daca. No en balde se esforzó Cézanne en devolverle su maltrato prestigio a la fruta.

Teníamos algunas ventajas, pocas; no nos veíamos obligadas a morirnos estúpidamente en las gue-

Reflexiones a propósito de

LA MUJER POSMODERNA

Cecilia Urbina



"Saludos desde..."

rras, a no ser que éstas llegaran hasta la puerta de nuestra casa y algún enemigo poco caballero jugara a la carnicería con nuestra persona. Los diez mandamientos nos ignoraban en cierta forma, ésta favorable. Los pecados importantes estaban fuera de nuestro alcance por razones prácticas: matar, ro-

bar en serio, honrar a los dioses son actividades de los que detentan el poder; amar a los padres era más o menos normal antes de Freud; desear a la mujer del prójimo fue siempre una tentación de la minoría femenina; en cuanto a fornicar, era algo que los hombres hacían y las mujeres soportaban, o por lo menos así logramos que lo creyeran durante un buen rato. La edad de la inocencia, en pocas palabras.

Las hermanas que nos precedieron en esto del feminismo se empezaron a dar cuenta, a través de los siglos y casi siempre con resultados poco halagüeños para su integridad física y moral, de que la situación como que no era pareja. Se percataron de que los legisladores de la moral, los padres de casi todas las iglesias y sus herederos, los fundamentalistas de diversos signos, Opus Dei, ayatollahs, hasídicos, manifiestan un antifeminismo (aun cuando ni siquiera conozcan el término) teñido de odio endémico. ¿Será terror? ¿Frustración? Los hombres aman en general a las mujeres, y los homosexuales encuentran, también en general, amigas y aliadas en ellas. ¿Quiénes serán estos habitantes de la tierra de nadie que se empeñan con tanta furia en limitarnos, escondernos, subyugarnos? Será tal vez por aquello de que las uvas están verdes, como los eunucos...

El siguiente punto que debe haber saltado a la atención de esas hermanas, agudas observadoras, fue lo del trabajo. Hay vocaciones, incluso pasión, por ciertas actividades del ser humano que conllevan alegría y placer. Pero el trabajo, así, escueto, está hecho para ser pagado, y si no hay paga se llama esclavitud. Se estremece uno al pensar en los millones de toneladas de ropa lavada, papas cocidas y calcetines remendados que se han acumulado en la

columna de débito a través de los siglos. Con los adelantos y los cambios surgieron otras cuestiones, el voto, la herencia, la hermandad en la lucha revolucionaria y con ella una nueva actitud: el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Algo hay en eso de que lo guillotinen a uno por pareja, sin distinción de sexo; como que promueve sentimientos de solidaridad.

Ibamos mejor con eruditas paladines recogiendo la estafeta de sus sufridas antecesoras: Simone de Beauvoir, Betty Friedan, para qué catalogar. Las necesidades del sistema cambiaron y la mujer se convirtió en elemento acomodaticio; córtate el pelo, ponte overol, aprende a ser mecánico y chofer mientras los señores se descuartizan en el frente. Es sí, los que regresan quieren su chamba de vuelta, y entonces es menester recuperar el moñito en el pelo y las habilidades culinarias. Nunca se publicaron tantas recetas de pastel de manzana (y seguimos con el tema) como después de la II Guerra Mundial. A juzgar por el baby-boom, a lo mejor es afrodisiaco.

Uno diría que el feminismo, en estos últimos años del siglo XX, está establecido. Incluso ha adquirido vicios, se ha vuelto mesiánico, solemne e intolerante; ciertas facciones se rehúsan a fraternizar con el enemigo, actitud a la que me opongo por principio y por afición. Sin embargo, si lo analizamos seriamente, el feminismo en estos tiempos posmodernos es como viajar en avión; cotidiano para unos pocos, habitual para un grupo mayor, esporádico para muchos e inaccesible para la mayoría. (Y aquí quisiera expresar mi admiración y respeto por aquellas que, desde terreno conquistado, luchan por hacer extensivos sus logros a las congeneres marginadas.) Aun en los medios más vanguardistas asoma el fantasma, la flor imperial del sistema, el último e insalvable reducto: la maternidad. ¿Qué diablos vas a hacer, mujer liberada e independiente, con ese adorable bebé que come, chilla y se moja cada tres horas? Para no hablar del mito sublime del instinto, que preconiza la euforia ante la perspectiva de convertirse en piñata durante nueve meses. Por abnegada que sea una mujer estoy segura que no se negaría a pactar con su pareja: yo pago la mitad de los *gerbers* y tú engordas la mitad de los kilos.

Las mujeres han firmado la mayor parte de la historia con seudónimo. El poder detrás del trono, la eminencia gris, la gran mujer detrás del gran títere... dueño de firma y cédula profesional. Con seudónimo no se firman las grandes obras de arte ni los tratados políticos. Uno firma con su nombre aquello que cree, que implica compromiso, convicción, desafío. Y en ese sentido el más terrible seudónimo de la mujer han sido, y son a veces, sus hijos: sé bello por mí, inteligente por mí, audaz, exitoso, cruo vengativo por mí. Madres heroicas de la historia Regresa con él o encima de él; yo sufro y tú te mereces. Yo creo que la mujer posmoderna ha obtenido libertad, independencia, trabajo, dinero. A veces equilibrio con el hombre, también posmoderno, que a su vez ha adquirido temura, vulnerabilidad, capacidad de apoyo. Todo en el mejor de los mundos posibles, que no son muchos ni frecuentes.

¿Qué le falta, en el mejor de los mundos posibles a la mujer posmoderna? Poder. Un poder ambivalente, peligroso y tanto más seductor por el peligro. Poder no sólo de hacer a otros luchar y morir en sus batallas, fatigarse en fabricar sus inventos, labrar riqueza, traicionar y traicionarse por ella; la cura del poder significa opresión. La otra, la lumbrisa, es hacer a los otros creer en nuestras ideas y char por ellas; participar en nuestras empresas gozar con nuestras sonatas, conmovirse con nuestros escritos; por último, lograr que la tierra se cefra con las locuras de nuestra imaginación. El otro magnífico del poder aparece ante el alpinista pie en el pico más alto del mundo, con éste a su alrededor, por debajo de él, a sus pies. El pico más alto del mundo: reto de la mujer posmoderna.

EL BAUL DE LOS CADAVERES

Ignacio Padilla

JULIAN MARIAS: SOBRE LA SENCILLEZ EN EL CINE. A raíz de haber vuelto a ver la película de Joseph L. Mankiewicz, *Five Fingers* —historia de espionaje cuyos protagonistas son James Mason y Danielle Darrieux— el escritor y académico español Julián Marías afirma la elegancia y la sencillez del viejo cine estadounidense. "Cuando se utilizan pocos recursos, las ecuaciones necesarias y no más, se dice que se ha logrado una solución elegante. Esto se puede aplicar a casi todas las formas de la actividad humana, pero muy especialmente al cine." En opinión de Marías, de muy pocas películas recientes se puede decir que conserven su frescura. "La predilección por el embrollo es una tentación del cine actual. No estoy en sus entresijos, y no sé si eso se debe a los presupuestos, a la magnitud de las subvenciones, a la reacción que se espera de los críticos y los jurados de los festivales. No sé. Tal vez el procedimiento de acumulación es más fácil que el de selección." Para Marías, el gran año del cine fue 1952, cuando se produjeron *Solo ante el peligro*, de Zinemann, con Gary Cooper; *Candilejas*, de Chaplin; *El hombre tranquilo*, de John Ford; *Las nieves del Kilimanjaro*, *¡Viva Zapata!*, *Rashomon*, *La muerte de un viajante* y *El mayor espectáculo del mundo*. "No fue un mal año para el cine. Las películas que acabo de nombrar, y algunas más, siguen vivas, y cuando nos las ofrecen, en los cines o en videos, o en la televisión, las vemos con renovado placer y, lo que es más, con el interés de cosa nueva."

DE EDITORIALES ESPAÑOLAS. Entre las editoriales peninsulares que más se nombran y se leen, no obstante sus elevados precios, hago un breve panorama para los lectores de este baúl. Lumen publica obras de extraordinaria factura —ya no sólo Eco sino el mismísimo *Finnegan's Wake* en castellano— a precios impagables; Siruela lanza su colección de bolsillo y por vez primera se vuelven accesibles Lernet-Holenia y Calvino, además de una extraordinaria colección de libros francamente inconseguibles llamada La Biblioteca Sumergida; Anagrama se ha dormido un poco con sus Narrativas Hispánicas mientras que su Panorama de Narrativas nos regala auténticas obras maestras de la nueva literatura inglesa y otras tantas de Magris y Tabucchi; Alfaguara cumple 30 años en México y acapara autores como Carlos Fuentes, y los fallecidos Onetti y Cortázar; por último, Tusquets se ha anquilosado a últimas fechas publicando obras menores de Calvino y ningún título que se equipare a los más recientes de sus competidoras.

PATRICIA HIGSMITH: SOBRE LA VIOLENCIA INFANTIL. Considerada como una de las grandes firmas contemporáneas de la literatura en lengua inglesa, Patricia Highsmith nació en Tejas el 19 de enero de 1921. Publicó su primera novela *Extraños en un tren*, en 1950, cuya versión cinematográfica fue dirigida por Alfred Hitchcock y a la que ha seguido una larga lista de títulos entre los que destacan *A pleno sol*, *Crímenes imaginarios*, *La celda de cristal*, *Aguas profundas*, *El grito de la lechuza*, *El juego del escondite*, y la serie protagonizada por el amoral Tomo



Patricia Highsmith

Ripley. Como ella misma afirma, el verdadero valor de sus obras radica en la profundización psicológica de los personajes, en el estudio de la ambigüedad inherente al ser humano: "No se sabe —dice— en qué punto cada uno de nosotros puede cometer un asesinato." Esta perspectiva ha llevado a Highsmith a adentrarse en el asunto de la violencia infantil, mismo que ha llegado a su punto más álgido en el reciente caso de dos niños de 10 años, Jon Venables y Bobby Thomson, que asesinaron a otro de dos, James Bulger, en Liverpool. En el artículo "El muñeco diabólico", escrito para comentar el libro *The Sleep of Reason*, de David James Smith, la escritora reconstruye los hechos y las vidas de los criminales tratando de hacer el mismo análisis que dice haber hecho con sus personajes. "El 12 de febrero de 1993 —escribe Highsmith— dos niños de 10 años, Jon Venables y Bobby Thomson, sacaron con engaños de un centro comercial de Bootle a James Bulger, a quien le faltaba un mes para cumplir tres años. Le hicieron andar unos cinco kilómetros por el centro de Liverpool, siendo testigos varios transeúntes; su imagen también fue filmada por las cámaras de seguridad del centro comercial. Finalmente, llevaron al niño a una vía de tren, donde los chicos le tiraron piedras y ladrillos a la cabeza y lo golpearon con un cubrejuntas." No da conclusiones Highsmith sobre este caso, pues en sí parece bastante explícito para comentar la idea rousseauniana de que un niño está inmerso en su propio mundo y aprende a su manera, frecuentemente a través de la aparente ociosidad de la infancia. Quizás la mejor conclusión al respecto haya sido el veredicto del juez Morland: "No soy quién para juzgar su educación, pero sospecho que la exposición de películas de video con argumentos dominados por la violencia puede, en parte, dar una explicación." Y Highsmith termina: "Ante esta opinión personal, puede que al lector le entren ganas de gritar: '¡Hurrá!'"

Ciudad de México

OJALA SE LA TRAGUE LA TIERRA

Guillermo J. Fadanelli

Vivimos en una ciudad sin cordura arquitectónica; en repetidas ocasiones he pensado que el fin natural de una conglomeración urbana como ésta es la catástrofe, las excepciones son pocas, el trazo de la ciudad es una espiral deformada que no termina nunca, es una ciudad definida por el salvajismo, por la ambigüedad histórica, por sus capas de pavimento interminables, por su extensión obscena, pero reconstruye los hechos y las vidas de los criminales tratando de hacer el mismo análisis que dice haber hecho con sus personajes. "El 12 de febrero de 1993 —escribe Highsmith— dos niños de 10 años, Jon Venables y Bobby Thomson, sacaron con engaños de un centro comercial de Bootle a James Bulger, a quien le faltaba un mes para cumplir tres años. Le hicieron andar unos cinco kilómetros por el centro de Liverpool, siendo testigos varios transeúntes; su imagen también fue filmada por las cámaras de seguridad del centro comercial. Finalmente, llevaron al niño a una vía de tren, donde los chicos le tiraron piedras y ladrillos a la cabeza y lo golpearon con un cubrejuntas." No da conclusiones Highsmith sobre este caso, pues en sí parece bastante explícito para comentar la idea rousseauniana de que un niño está inmerso en su propio mundo y aprende a su manera, frecuentemente a través de la aparente ociosidad de la infancia. Quizás la mejor conclusión al respecto haya sido el veredicto del juez Morland: "No soy quién para juzgar su educación, pero sospecho que la exposición de películas de video con argumentos dominados por la violencia puede, en parte, dar una explicación." Y Highsmith termina: "Ante esta opinión personal, puede que al lector le entren ganas de gritar: '¡Hurrá!'"

Cada día, como una plaga sin nombre, voraz y pusilánime, emergen —en cuestión de unos días— más y más edificios rectos, cubiertos de cristales reflejantes, insípidos, funcionales hasta la estupidez; es arquitectura de maqueta porque nunca adquiere realidad, está plantada sobre un suelo efímero, sin raíces; plagada de edificios que, aunque irreales, están allí, como garzas bobaliconas levantando una pata en medio de un gran estercolero de cemento y hierro.

Sin embargo, existe —como si fuera un grupo de guerreros de piedra— un conjunto de edificaciones que podría, a través de una ordenación fantasiosa, generar un paisaje arquitectónico real. Cada quien puede generar su propia hipótesis de la ciudad. Desechando algunas obras, añadiendo otras, podríamos obtener, aunque sea ilusoriamente, los rasgos de una ciudad imaginaria, es decir, a falta de una ciudad real sólo nos queda el recurso de construir una de ficción.

Mi ciudad ficción iniciaría en el siglo XVIII, entre las calles de Venustiano Carranza e Isabel la Católica, con la obra del arquitecto Francisco Antonio Guerrero y Torres, un palacete que construyó para los condes de San Mateo de Valparaíso; una obra de impersonal gravedad, entera y

sin fisuras de estilo, provista en el interior de una escalera helicoidal que es la metáfora de una ascensión casi mística. Continuaría con otra construcción también del siglo XVIII, el Colegio de la Vizcaina, obra diseñada por Pedro Bueno Basoqui, marcada por una irresponsable elegancia barroca.

Aunque para mí, el siglo XIX, en términos de arquitectura (y de mi propio gusto), puede perfectamente pasar inadvertido, conservaría —pura hipocondría histórica— una pieza fundamental del neoclásico, el Palacio de Minería, de arquitecto Manuel Tolsá. En cambio, hay varios edificios de principios del siglo XX que constituirían una parte fundamental de mi ficción arquitectónica; menciono dos que me han impresionado por su fortaleza, su altivez y su pasividad ante el tiempo; el primero es el Edificio Ermit que se encuentra entre las avenidas Revolucio y Jalisco, del arquitecto Juan Segura; el otro obra mítica que se levanta airoso sobre los combros del último terremoto, es el edificio arquitecto Vicente Mendiola, construido para dar albergue a la antigua Estación de Policía Bomberos de la ciudad de México. En una ciudad devastada como la gran urbe mexicana, arquitectura está fragmentada, hay territorios individualidades, delirios, pero nunca una arquitectura común. El siglo XXI —según mi particular encuentro con el arte arquitectónico— de ser un siglo para retroceder; después de ser te: gos de la *evolución* de la arquitectura moderna tan obvia, poco compleja y erigida sobre concitos tan pobres, espero con ansiedad que la ciudad que habito —este abigarrado cementerio piedra y fierro— sucumba en una muy próxima catástrofe.

DESARROLLO

•Bernardo KLIKSBURG (compilador), *Pobreza. Un tema impostergable. Nuevas respuestas a nivel mundial*. Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Fondo de Cultura Económica. Caracas, 1993. 432 pp. ISBN 980-6125-22-3. Índice: Prefacio de Fernando Zumbado. Prólogo de Carlos Blanco. Introducción del compilador BK. / I. *América Latina: un cuadro social crítico*/ BK: La escalada de la pobreza en AL. Adolfo Gurrieri: Pobreza, recursos humanos y estrategias de desarrollo. SELA: La incorporación de la equidad en la estrategia de desarrollo para AL y el Caribe. Susana Finquieleich: Estrategias de supervivencia en las ciudades latinoamericanas. / II. *Problemas estratégicos en gerencia social*/ BK: Gerencia social: dilemas gerenciales y experiencias innovativas. CEPAL: Dos temas claves en AL: reforma de los sistemas de seguridad social y salud. Richard Estés: Hacia un índice de "calidad de vida". David Fasenfest: Recurso a los incentivos a los productores para el logro de objetivos sociales: una evaluación del mercado y las políticas públicas. Mark Jacobs; Implementación de políticas sociales; un estudio de casos. Myrna Mandell: Gerencia intergubernamental: una perspectiva revisada. / III *Participación comunitaria: posibilidades y limitaciones*/ James Midgley; La Política Social, el Estado y la participación de la Comunidad. Hari Mohan Matur: Desarrollo centrado en la gente. Mary Rocoelis: Movilizando a la población para el desarrollo social. Enfoques y técnicas para la participación popular. / IV. *Municipalización de programas sociales*/ Harry W. Blair: Modelos para integrar la planificación de desarrollo social y la implementación al nivel local. / V. *Servicios públicos*/ José Sulbrant: La evaluación de los programas sociales; una perspectiva crítica de los modelos usuales. / VII. *Formación de gerentes sociales*/ Bernardo Kilksberg, José Sulbrant: ¿Cómo capacitar en gerencia social? La experiencia del primer Programa Latinoamericano de Formación de Gerentes Sociales. / VIII. *Modelos exitosos de gerencia social*/ Andersen Costa Esping y Walter Corpi: El modelo escandinavo: del alivio de la pobreza a los Estados con sistemas avanzados de protección. Carlos Franco: La experiencia de Villa El Salvador: del arenal a logros fundamentales a través de un modelo social de avanzada.

ECONOMIA

•Manuel F. AYAU CORDON, *El proceso económico. Descripción de los mecanismos espontáneos de la cooperación social*. Editorial Diana. México, 1994. 146 pp. 2 mil ejes. ISBN 968-13-2655-5. Índice: La cooperación social. La distribución de la riqueza. El comercio internacional. El sistema de precios. Crédito, interés y banca. Dinero. La función del capital y la remuneración al trabajo. Sobre la función social de la propiedad privada. El mercado interferido (el mercantilismo). Impuestos. Bolsa de Valores. La ética y la economía. Sobre metodología.

EDUCACION

•Fernando de AZEVEDO, *Sociología de la educación. Introducción al estudio de los fenómenos pedagógicos y de sus relaciones con los demás fenómenos sociales*. / *Sociología educacional*. Ed. Malhortamentos, Sao Paulo, 1940. Traducción de Ernestina de Champourcin. Fondo de Cultura Económica. México, 1942 y 94. 382 pp. 2 mil ejes. ISBN 968-16-0794-5. Sumario: ¿Qué es sociología y qué es sociología de la educación? La educación, fenómeno social. Los orígenes y la evolución de la escuela. Los sistemas educacionales. Los problemas sociales pedagógicos. Bibliografía. Índice de nombres.

GASTRONOMIA

•Jennie SHAPTER, *Menús para cenas de gala. / Dinner Party Menus*. Quarto Publishing. The Apple Press. Londres, 1987. Traducción de Célida Urrea Lugo. Editorial Diana. México, 1994. 80 pp. engargoladas y alternables. 5 mil ejes. ISBN 968-13-2609-1.

Laberinto de papel

LIBROS Y REVISTAS DE sábado

Huberto Batis

Contiene: Recomendaciones para el anfitrión. Cómo seleccionar y servir los vinos. Cocteles y aperitivos. Primavera. Verano. Otoño. Invierno. Cena de Navidad para ocho personas.

HISTORIA

• Antonia FRASER, *Las seis mujeres de Enrique VIII. / The Six Wives of Henry VIII*. Weinfeld & Nicholson, 1992. Traducción de Antonio Bonano. Javier Vergara Editor. Buenos Aires, 1993. 484 pp. ISBN 950-15-1333-5. Índice: Catalina de Aragón. Ana Bolena. Juana Seymour. Ana de Cleves y Catalina Howard. Catalina Parr. Notas. Bibliografía.

LINGÜÍSTICA

• Pierre GUIRAUD, *La semántica. / La sémantique*. PUF. París, 1955. Traducción de Juan A. Hasler. Breviarios (153) del Fondo de Cultura Económica. México, 1960, 76 y 94. 142 pp. 2 mil ejes. ISBN 968-16-0928-X. Índice: Las tres semánticas. La semántica lingüística. La significación: el proceso semántico. La función semántica. Los cambios de sentido: sus formas; sus causas. Puntos de vista de estructura. La semántica estructural. Bibliografía sumaria.

LITERATURA/Diccionario de

• Aurora M. OCAMPO (Dirección y asesoría), Angélica ARREOLA MEDINA, Rocío GONZALEZ SERRANO, Pilar MANDUJANO JACOBO, Laura NAVARRETE MAYA, Patricia ORTIZ FLORES, Carlos RUBIO PACHO y Aurora SANCHEZ REBOLLEDO, *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y Novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. Tomo III (G). Centro de Estudios Literarios. Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. México, 1993. XLVI. 372 pp. 3 mil ejemplares empastados. ISBN 968-36-3420-6. Contiene fichas bibliográficas, bibliografías y hemerografías directas e indirectas, desde Galeana, Benita hasta Guzmán Burgos, Francisco.

LITERATURA/Memorias

• Alfredo BRYCE ECHENIQUE, *Permiso para vivir (Antimemorias)*. Cal y Arena Editores. México, 1994. 450 pp. 2 mil 150 ejes. ISBN 968-493-266-9. Índice: *I. Por orden de azar*/ Nota del autor que resbala en capítulo primero. La historia de mi rosa. Tres historias de la amistad. De la tristeza práctica a la angustia policial. De cómo y por qué los monos me devolvieron la palabra. Pánico a volar. Una novela y sus consecuencias. Rulfo dos veces. Primeros contactos con el pueblo. Hugo Jugo. Escrito después de una partida. Pude haber sido un escritor precoz. Conversando con lady Diá. Crónicas sevillanas (1 y 2). Mis diez libros preferidos. En la isla y sin el libro. La corta vida feliz de Alfredo Bryce. Cual Shakespeare en Harlem. De escritor profesional al más extraño cliente. Doctor por error. Tamaños escritores. Las ciudades y las mujeres. El seminarista. Abogado asociado. Los hombres sin horario. Disparos en la espalda con abrigo. Dificultades existenciales en los EU. Serías averías en el Paraíso (dificultades existenciales nuevamente). Mi hijo, el del correo. Y lo operaron también de su amigo. El recuento. Barcelona. La hora 25. Después del amor primero. Verdad de las caricaturas/verdad de las máscaras. Los gatos del escritor Mauricio Wacquez. La mujer incompleta. El vizconde de Calafell. Breve retorno visual a la infancia. / II Cuba a mi manera/ Casa, colegio y



prehistoria. El pulmón del Perú. Más sobre el pulmón del Perú. ¿Herodoto era comunista? París era una fiesta. París sí era una fiesta, pero para Hemingway. El camino es así. Hay que pagar siempre. De Venecia a La Habana. Fin de una *Principessa* y comienzos de una Cuba. Cual Woody Allen en La Bana. Todo el congreso y nada el congreso. Extraños y mojitos en la noche. El. El primer retorno. Jurado en Trinidad. La noche de las bromas. ¿Eran tan bromistas los cubanos? Allá voy si no me caigo. Una casa en Guanabo. Dejarse querer en Cuba. Razones del corazón. Sin credencial alguna. Cantar del mundo oficial. El propio Fidel y otros "recuerdos de egotismo". Una operación socialista. De piedras en la vesícula a cayos en el Caribe. Suelto en cubierta. La otra despedida. La muy triste. San Antonio de los Baños. Adiós a todo eso.

LITERATURA/Mística

• IXTUS, año II, mayo-junio, número 7. Cuernavaca, 1994. 68 pp. Contenido: Editorial. Andrei Tarkovski: A todos los que pueden ser como aliados, almas gemelas. Laerence Cossé: El cielo no está vacío (entrevista con Tarkovski). Tomás Calvillo: La llave de la poesía. Thomas Merton: Los luchadores de la cruz. Víctor Manuel Calderón: Chiapas y la crisis de las ciencias sociales. Ricardo Newman: Computar-quitic. Esther Cohen: El judío y sus muertos. Francisco Prieto: Necesidad de la ley y misterio de la gracia. Entrevista a Alain Lipietz: La economía ecológica o economía sensata. Héctor Gally: Fuego negro. (Director: Javier Sicilia. Subdirector: Ricardo Newman. Nogales 71. Fraccionamiento Primavera. Colonia Delicias. Cuernavaca, Morelos. CP 62230. Tel. 91-73-16-24-91.)

LITERATURA/Novela

• Gabriel GARCIA MARQUEZ, *Del amor y otros demonios*. Editorial Diana. México, 1994. 202 p. 50 mil ejes. empastados. ISBN 968-13-2641-5.
• Angel TREJO, *Timba*. Edición de autor. México, 1994. 158 pp. ISBN 970-91287-0-1. Índice: Citas. I. La Estúpida. Zulema. Eva. Estela. Lin. Amanda. Mucia. Eudocia Daniela. Mi prima Elisa. Rosa. / II. María Feliciano. Felipe Moraes. Raquel. El Califa. Gabrielle. El retorno de Morales. Manuela. La mujer más bella de México. El adiós a Amanda. Mensajero de la Muerte.

Rondas de cama

EL HOMBRE JOVEN

Edmée Pardo

El hombre joven pasa su primera noche en el departamento recién alquilado. De inmobiliario sólo cuenta con una cama. El hombre joven, por el cambio, la incertidumbre, lo desconocido del lugar, no puede dormir. La situación le molesta. Que no pueda sentarse a ver televisión o cocinar se entiende por la falta de sillón, televisor, estufa y enseres; pero que no pueda dormir habiendo cama, le enfada.

Apela a los trucos de infancia: contar borregos. Un borrego, dos borregos, tres borregos... cien borregos. No sirve. Una mujer desnuda, dos mujeres desnudas, tres mujeres desnudas... se le paraliza el corazón. Algo más tranquilo, se sugiere: una mariposa, dos mariposas, tres mariposas, cien mariposas, mil mariposas. El hombre joven siente asfixia. Abre los ojos y su cama es Angango mismo, donde corren borregos, mujeres desnudas y millones de mariposas monarca. Entonces, ya desesperado, abandona su casa y hu-

LITERATURA/Poesía

• *Periódico de Poesía*. Nueva época, 5, primavera. UNAM/INBA. México, 1994. 108 pp. ISSN 0187-5965. Contiene: *En los 80 años de Octavio Paz*/ Textos de Emmanuel Carballo, Jorge von Ziegler, Alberto Paredes, Jorge Volpi, Eloy Urroz, Armando Oviedo, Morelos Torres, Mary Carmen Sánchez Ambríz (encuesta a Lucía Rivadeneira, José Angel Leyva, Oscar Cortés Tapia, Enza Verduchi, Alberto de la Fuente, José Manuel Recillas, Jorge Fernández Granados y Ana Aridjis. / *En los 70 años de Ramón Xirau: Enlace de dos culturas*/ Poemas de Dolores Castro, Hugo Padeletti, Enrique Fierro, Ida Vitale, Vladimir Herrera, Verónica Volkow; y Juan Gustavo Cobo Borda. Traducciones de Tasso Livaditis, Erich Fried, Jorge de Lima, Nicole Laurent-Catrice, Sylvia Plath, Manuel Bandera y Christoph Janacs. Mariana Bernárdez: Entrevista con RX. Ramón Xirau: Poemas. José María Espinosa: La vida temporal del instante. José Javier Villarreal: Todo es amor en todo. / *Cuevas y los poetas: Becerra, Ferreira de Landa, Pacheco y Sarduy*. / Poemas de Jorge Valdés Díaz-Vélez, Federico Patán, Víctor Manuel Cárdenas, Rolando Rosas Galicia, Jorge Bustamante García, Agustín Cadena, Gonzalo Vélez, Ciprián Cabrera Jasso. / *Georg Trakl: El destino como crucifixión*. Textos de Francisco Hernández, Pura López Colomé, Marco Antonio Campos, José Manuel Recillas. / *Poesía de Guatemala*. / *Poesía de Honduras*. / Guillermo Fernández: Convivio. Federico Patán: En orden alfabético. / *Poemas*: de Salvador Alcocer, Florentino Chávez T., Arturo Santana, Dionicio Murguía, Armando Alanís, Víctor Valdés, Eduardo Cruz. / *Cinco poetas de Coahuila*. / *La imagen poética*. / Libros. Escriben Juan Carlos Rodríguez, Minerva Margarita Villarreal, Armando Alanís, Eugenia Echeverría y Edna Almonte. / *Corte*. / Pilar Jiménez Trejo: Manuel Felguérez y la poesía. / Ilustraciones de Manuel Felguérez. (Director: Marco Antonio Campos. Subdirector: Raúl Renán. Dirección de Literatura, Difusión Cultural, de la UNAM, y del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura, del INBA. Centro Cultural Universitario. Circuito exterior. Edificio D, 3er. piso. Insurgentes Sur 3000. Coyoacán. CP 04510. México, DF. Tel. 622 62 40.)

NATURISMO

• Sara SOLORIO, *Mi hijo. Alimentación vegetariana y terapias naturales para niños*. Editorial Diana. México, 1994. 224 pp. 3 mil ejes. empastados. ISBN 968-13-2514-1. Sumario: La alternativa vegetariana. Nutrición. Alimentación del bebé del primer día al primer año. Recetario. Terapias naturales. Glosario, experiencias y testimonios. Bibliografía.

PSICOLOGIA/de la pareja

• Horacio JARAMILLO LOYA, *Amantes de tiempo completo I*, Editorial Diana. México, 1994. 208 pp. 6 mil ejes. ISBN 968-13-2653-9. Índice: La violencia escondida en la pareja. ¿Ya vez cómo no cuentas? Las parejas conflictivas. La violencia de los celos. Los divorcios apresurados. El fracaso de la pareja y el manejo del coraje. El resentimiento y la fractura del amor en pareja. El conflicto de la pareja. Mala suerte con mi esposa. Definiciones de matrimonio. La venganza en la pareja. Molestas al toro y te quejas de que te cuerne. El amor de la pareja pide un contrato. Siete novias para siete novios. Cómo vamos a reparar el poder. Los novios rotos. De la desconfianza hasta el divorcio. Entrando en la intimidad. El poder de la mujer. El poder del novio. El amor muerto o e punto del no retorno. Ver las cosas desde otra perspectiva. Estrategias de solución de problemas de pareja. Buscando el amor. Bibliografía.

TURISMO

• Sergio MOLINA, *Modernización de empresas turísticas. Un enfoque para el logro de la calidad total*. Editorial Diana. México, 1994. 170 pp. 2 n ejes. ISBN 968-13-2625-3. Índice: El turismo y las empresas modernas. Regiones y destinos turísticos (verificados, altamente competitivos en los mercados globales. Modelos de empresas turísticas. empresa represiva: Taylor, máquinas y hombre Modernización de empresas turísticas. Calidad gestión participativa en empresas turísticas. Lider empresariales y desarrollo turístico. Productos/ servicios turísticos innovadores. La demanda turística los mercados globales. La empresa turística y la protección del ambiente. Estrategias para el mejoramiento de la calidad de las empresas turísticas.

Apocalipsis

LA IGLESIA MEDIEVAL

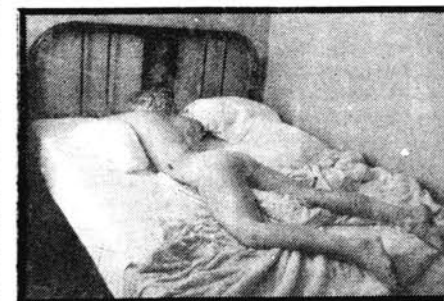
Víctor Villela

CARTA A LA IGLESIA DE PERGAMO

"Ángel de la Iglesia de Pérgamo escribe: 'El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo sé dónde moras: allí donde está el trono de Satanás; y con todo retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas, el testigo mío fiel, fue muerto entre vosotros donde habita Satanás. Pero tengo contra ti algunas pocas cosas, por cuanto tienes allí a quienes han abrazado la doctrina de Balaam, el que enseñaba a Balac a dar escándalo a los hijos de Israel, para que comiesen de los sacrificios de los ídolos y cometiesen fornicación. Así tienes también a quienes de manera semejante retienen la doctrina de los nicolaítas. Arrepíentete, pues, que si no, vengo a ti presto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. Quien tiene oído escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Al vencedor le daré del maná oculto; y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo que nadie sabe sino aquél que la recibe.'"

Aquí vemos a la Iglesia cristiana con poder político, de ahí la declaración de "yo sé dónde moras: allí donde está el trono de Satanás..." El poder político, que da lugar a que se cometan atrocidades, se ejerce, sin embargo, enarbolando la intención de hacer justicia, que luego se convierte en pretexto para abusar de los derechos de los demás cuando así les conviene a

quienes lo ostentan; por eso es satánico, no puede guiarse por la misericordia sino por la justicia, esto es, por las acusaciones a que quedan sometidos los seres humanos. Satanás significa el acusador, el fiscal. Esta etapa de la Iglesia, que abarca más o menos del siglo IV al siglo XV, es la más notoria en ese sentido, incluso más notoria que cuando la Iglesia pasa a contar, hacia el siglo XVI, con la Inquisición — institución esta última que estuvo fuertemente apoyada por las potencias europeas, en especial por el Imperio español, aunque para ese entonces la actuación de la Iglesia, teniendo como enemigo encubierto al Estado y como enemiga declarada a la Reforma o al protestantismo, ya se ve forzada y, por esa causa, se le atribuyen como reales muchas cuestiones que sólo están a nivel de sospecha. En cuanto a la Iglesia medieval, Cristo la acepta con reservas porque ésta no niega su fe en él, pero le reclama que mezcle la doctrina cristiana con filosofías mundanas, por eso la declaración de "tienes allí a quienes han abrazado la doctrina de Balaam, el que enseñaba a Balac a dar escándalo a los hijos de Israel... Así tienes también a quienes de manera semejante retienen la doctrina de los nicolaítas". Es un período de largos debates dentro y fuera de la Iglesia. Y allí pueden producirse peligrosas confusiones. El arrepentimiento que Cristo pide está, sin embargo, en consonancia con el actual fin de milenio, que puede ser, como la Iglesia católica de hecho ya lo está llevando a cabo, de grandes rectificaciones.



ye a un hotel. En todas las habitaciones enciende balidos, pubis al aire y alas doradas. Regra a su departamento con un paquete de somnros. Cierra los ojos y una avalancha de cápsulas y tabletas lo aplasta.